



EDICIONES  
BISTAGNE

JANET  
GAYNOR

CHARLES  
FARRELL

DELICIOSA



DELICIOSA



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

## DELICIOSA

Finísimo asunto, lleno de encanto novelesco y de maravillosa interpretación

Dirigido por DAVID BUTLER



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

DISTRIBUIDO POR

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne



### INTÉRPRETES PRINCIPALES:

JANET GAYNOR.

CHARLES FARRELL.

EL BRENDL.

RAOUL ROULIEN.

## DELICIOSA

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El trasatlántico se acercaba a las costas de América. Al día siguiente, tras pacífica navegación, llegarían al puerto de Nueva York. Los pasajeros se disgregarían, yendo cada uno por su lado, tal vez para no volverse a encontrar nunca. Amistades que en la soledad del mar parecían hacerse fuertes e íntimas, galanteos y "flirts" iniciados en las noches estrelladas junto al arrullo de las olas, quedarían deshechos al llegar a la ciudad. No todos se hundirían en la separación y la indiferencia, algunos se prolongarían, sin embargo, resistiendo todos los embates de la vida.

Como en el mundo terrestre, la desigualdad humana separaba en capas distintas a la sociedad. Las tres clases de ritual, y aun en ellas, nuevas categorías y diferencias. Desde los millonarios a quienes es imposible recordar de memoria cuánto tienen, hasta los emigrantes

cuya única fortuna consiste en la mayor o menor energía de su espíritu. Desde los que viajan por "snob" o placer, por la emoción o la novedad de la aventura, hasta los que abandonan los patrios lares con la amargura de que la tierra madre no les dé siquiera para su sustento.

En los grandes salones de primera y de lujo todas las noches se celebraban fiestas, conciertos y bailes; en el departamento de los emigrantes no se conocían esos festivales organizados por la empresa naviera; pero en cambio la alegría era más espontánea, y sin sujetarse a norma fija de ninguna clase, se divertían, procurando pasarlo de una manera grata.

Era preciso soñar, aturdirse un poco, porque había tantas cosas que preocupaban... ¿Qué les esperaba en América, en aquel Nueva York, ciudad que no



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sonríe más que a los millonarios? ¿Qué huequecito iban a encontrar en aquel mundo donde acaso todo les fuera hostil?

Entre los emigrantes figuraban gentes de todos los países, lo derrotado de cada nación, de cada patria. Rusos, alemanes, austriacos, ingleses, gentes del Sur, toda la fauna pobre que no puede confiar más que en su propio esfuerzo.

Aquel atardecer un numeroso grupo de pasajeros de tercera se hallaba bailando y cantando sobre cubierta. La proximidad de Nueva York, el término del viaje, los electrizaba con la novedad de toda nueva vida. Dentro de pocas horas se les aparecería en lontananza la estatua de la Libertad, como un símbolo más o menos justo de su existencia futura... ¿Libres? ¿Lo podrían ser ellos nunca?... ¿No es como una cárcel la ciudad, y la cotidiana obligación, mal pagada y dura, como un trabajo de presidio?

Los que danzaban alegremente al son de diversos instrumentos y templando su espíritu para las luchas futuras, eran rusos que habían podido huir del infierno de su patria para dirigirse a una tierra donde a lo menos no les faltara el pan.

Algunos pasajeros de las clases de lujo les contemplaban con el relativo interés que inspira un espectáculo divertido.

Entre ellos figuraba una pareja joven en la que se veían reflejados la distinción y el señorío. Ella era una mujer alta y rubia, de suaves y delicadas facciones;

él aventajado y fuerte también, el rostro simpático y expresivo, la mirada despierta e inteligente.

—¡Qué feliz es esa gente, Diana! Cualquiera diría que realizan un viaje de placer.

—Y vete a saber lo que les espera, Larry.

—Ninguna vida de regalo.

—Tal vez hambre.

—Eso no. No pueden desembarcar si no tienen ocupación o si alguien del país no se compromete a atenderles. Nuestras leyes son muy duras. No admiten a los desvalidos.

—¡Pobre gente!

La "pobre gente" seguía divirtiéndose al son de sus instrumentos nacionales o en largas charlas en que se confundían los recuerdos de la patria con las ilusiones del porvenir.

En uno de los grupos se hallaba una hermosa muchacha, de cara muy blanca y ojos muy negros, cuya mirada parecía acariciar... Junto a ella estaba tendido un perro de su propiedad.

—¡Un poco de música, Mischa!— propuso una mujer a un compañero de viaje—. No seas tan tacaño de tu arte.

—Te voy a complacer...

Y empezó a tocar una linda tonada de su país...

Cerca de la joven se sentaba un muchacho ruso que aparecía escribiendo algo en un pequeño block de notas. Sonriente, la jovencita, con la punta de sus zapatos le quitó la gorra echándosela al suelo.

El interrumpió su labor, volvió a po-

## D E L I C I O S A

nerse la gorra y acarició con gran suavidad a su amiguita.

—¡Qué pies tan pequeñitos tienes!

—Gasto calzado de niña.

—¡Lo que eres! Una niña bonita.

—Muy galante estás hoy.

—Como siempre, como te mereces tú.

Los dos echaron a andar, deteniéndose unos metros más lejos, junto a la barrandilla.

Llegaba a ellos el eco de la música de los emigrantes, llena de nostalgia y de pesadumbre.

Contemplaron el mar, oscuro y gris en aquel anochecer de otoño. Ella lanzó un suspiro como si quisiera llenarse de toda la fragancia de las olas. El comentó conmovido:

—Mañana desembarcamos.

—Sí.

—Dime, Heather. ¿No echarás de menos tu hogar de Escocia?

—Claro que lo recordaré siempre. Pero ¿qué remedio me toca, Sascha? También tú te acordarás de tu Rusia y te resignarás.

—No la olvidaré.

—A mí ya no me queda familia en Escocia. Murieron mis padres. Por eso voy a vivir con un tío que tengo en América.

—Nosotros tenemos un contrato con un café ruso de Nueva York. Espero que nos ganaremos bien la vida.

—Me gustaría. Quizá pueda quedarme en la ciudad hasta que vosotros debutéis.

—Sí, y podrías vivir en casa.

—Gracias.

—Estoy muy contento, Heather. Creo que voy a hacer fortuna, que mi música va a gustar a los americanos.

—Tu música es deliciosa.

—¿De veras la encuentras bonita? ¿Te gusta esta tonada?

Y cantó a media voz:

*Eres tan deliciosa... tan caprichosa...*

—¡Mucho!

—Estoy escribiendo una canción para ti.

Y los ojos ardientes del ruso se clavaron en los de la escocesa con fervorosa adoración.

—Eres un gran artista, Sascha.

—Aun no he terminado la canción. Me faltan unos cuantos compases. Tú me inspiras para hacerla toda.

—¡Pobre de mí! ¡Soy tan poquita cosa!

—Para mí eres mucho, Heather. ¡No lo sabes aún bien!

Se interrumpieron al oír que disputaban ardentemente en el grupo del que se habían separado poco antes.

Mischa, uno de los rusos, exclamaba defendiendo las cosas de su patria con ardor:

—La música de mi tierra es incomparable. No la hay de más sentidos matices.

—¡Quite usted!—gritaba otro emigrante nacido en el país del Dante—. ¡La música italiana es la mejor del mundo!

—Se equivocan todos. ¡Los mejores compositores son los alemanes!—clamó un súbdito de la rubia Germania.

Cada cual abogaba por lo suyo, que-



riendo que su tierra fuera superior en todo a la tierra de los demás...

—Voy a calmarles—dijo Heather, sonriente.

Y adelantado hacia el grupo dejó oír su voz llena de ternuras.

—¿Por qué disputan? ¿No vamos todos a América? Pues ahora no debemos pensar en la música de nuestros pueblos, sino en el himno nacional norteamericano... ¿Lo saben ustedes?

—No... no...

—Pues todos los emigrantes deben saberlo o... no los dejarán desembarcar —añadió en tono de broma—. Se lo voy a enseñar yo...

Y quiso cantar el himno nacional que ella había oído algunas veces, pero como no se acordaba mucho, la cosa no resultó bien. Hubo risitas y bromas por lo bajo, mas ella sin inmutarse lo repitió.

Desde el departamento de primera clase, continuaban varios pasajeros observando lo que hacían los emigrantes.

La joven y elegante pareja que llevaba un rato en la contemplación del bullicio popular, sonrió ante los inútiles esfuerzos de Heather para entonar bien el himno del tío Sam.

—¡Oh, no te rías!—exclamó la mujer—. ¿A que tú no lo sabes tampoco?

—Desafino... No me atrevería a cantarlo.

Oyóse detrás de ellos una voz varonil y respetuosa.

—Acaba de llegar para usted un telegrama, señor.

Se volvieron y vieron a Jansen, el mayordomo del joven, un hombre de

unos cuarenta años, bien vestido, de maneras algo cómicas, que usaba un cuello planchado de cuatro o cinco centímetros de más.

Jansen comenzó a buscar por sus bolsillos y finalmente hizo un ademán de desaliento.

—¡Caramba, señorito Larry, lo he perdido!

—¡Hombre! ¡Bien!

—No se disguste, señor... Sólo decía que una comisión le esperará mañana en el puerto.

—Menos mal. Però ten cuidado de no perderlos en lo sucesivo.

—Lo tendré, señor.

Y saludando levemente, moviendo apenas su sombrero de fieltro gris, se alejó de la pareja.

La damita, que tenía aires y orgullo de gran señora, no pudo menos de comentar:

—¿Permites que un criado abra tus telegramas?

—Es muy fiel y muy discreto. Una alhaja de hombre.

—Yo no le daría tantas confianzas.

—Las merece.

Jansen, que vestía con cierta elegancia, descendió la escalinata que conducía a tercera clase.

Nadie hubiera dicho, viéndole con su traje de gusto inglés, con su sombrero a la moda, con su gran cadena y reloj de oro, que se tratase de un simple criado, dando más bien la sensación de que era un pequeño burgués, uno de esos fabricantes enriquecidos en poco tiempo.

Jansen se acercó al grupo donde estaban los rusos y Heather... Gustaba de hallarse entre aquella gente de tercera que le contemplaba con el respeto que inspira el viajero superior que se digna alternar con los de abajo. Jansen a nadie había dicho que no era más que el simple criado de un millonario... Simulaba ser hombre independiente a quien sus "grandes negocios" llevaban a viajar de continuo.

Uno de los emigrantes pretendía entonar el himno nacional y lo hacía desastrosamente. Heather al ver a Jansen le señaló sonriente:

—Señor Jansen, usted debe conocer el himno de su patria, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—¡Cántelo!

—Con mucho gusto.

Y entornando los ojos y moviendo ampliamente los brazos cantó a tiempo que se quitaba el sombrero:

*La ley seca es una desgracia.*

*La ley seca nos va a matar...*

Los rusos le interrumpieron a carcajadas. ¿Por qué se estaba burlando de ellos? ¿De cuándo acá aquella extraña letra era la del himno de los Estados Unidos?

Mischa le interrogó:

—¿Pero usted es yanqui?

—Desde toda la vida.

—¿Viene de Europa con su familia?

—Con mi familia, no... Está en Nueva York... Y casi siento tener que volverla a ver... ¡Con lo bien que se está solo!

—¿Es usted casado, señor Jansen?

—Soltero... aunque no perpetuo.

Y mirando a Olga, hermana de Mischa, una criatura de interesante belleza, agregó:

—Ven conmigo, Olga, te voy a dar tu clase de inglés... Has adelantado mucho, pero todavía no debes dejarlo.

—Encantada, señor Jansen.

Fueron a sentarse a poca distancia. Jansen empezó a sonreír a su amiga rusa, consultó varias veces su gran reloj de oro como hacía por costumbre, volviendo a cerrar la tapa con gran ruido, y empezó a acariciar las trenzas negras que caían sobre los hombros de la joven.

—¡Eres muy bonita, Olga!

—Sí, muy bonita, pero usted se está burlando de mí... Mis hermanos no comprenden por qué se empeña en darme la lección de inglés.

—Te lo diré en pocas palabras... Porque me gustas... Mira, en la alta sociedad las mujeres van en pos de los hombres... Yo, aunque perteneciente a ella, prefiero ir en pos de las mujeres...

—¡Atrevido!

—Y sobre todo, lo que deseo es ir en pos de ti. Me interesas profundamente.

—¿Qué guasón es usted, Jansen! Y luego no se va a acordar más de mí.

—Pienso seguir dándole lecciones de inglés en Nueva York.

—¡Ya sé bastante! Gracias.

—Pues lecciones de... amor.

—No quiero maestros como usted.



—Pues mira que soy un "catedrático"...

Y sonreía mientras continuaba acariciando las trenzas oscuras de Olga.

Jansen se había enamorado de la rusa. A pesar de toda su pose, de su deseo de darse importancia, en el fondo no era más que un infeliz, una santa persona, un corazón incapaz de hacer daño a nadie y que deseaba casarse con una buena mujercita.

Los hermanos de la rusa vieron como aquel pasajero de primera clase parecía permitirse ciertas libertades con Olga.

—Eso no me gusta nada, Tascha—  
murmuró Mischa, el hermano mayor—.  
Me escaman las lecciones de inglés.

—¡Déjalos! El viaje se acaba... y seguramente ya no volveremos a ver más a ese hombre... A menos que se haya enamorado de veras y que...

—¡No lo creo! Ha querido entretenerse con Olga durante el viaje. Menos mal que le ha enseñado bien el inglés y eso nos ha de servir.

Y no volvieron a preocuparse de la hermana, que seguía conversando en voz baja con el supuesto ricachón.

\* \* \*

Heather había vuelto al lado de Sascha, quien permanecía junto a la barandilla escribiendo febrilmente en el block.

—Acabo de terminar la canción, Heather.

—¿De veras? La noche te inspira...

—¡Tú!

—No te engañes. ¡Ah!, si tuviéramos un piano... En primera debe haber alguno. Vamos.

—Pero no nos dejarán pasar.

—Ya nos ingeniaremos. ¡Ven!

Admirado de la audacia de su amiga, Sascha la siguió.

Sascha, hermano también de Olga, era compositor. Se sentía más inspirado que nunca desde que se hallaba en el barco. Y es que la inspiración la recibía de Heather, la linda escocesa de la que se había enamorado... Su amor era aún apasionado y tímido como los amores de los artistas, y no osaba decírselo claramente.

El afecto de Heather hacia Sascha era diferente. Afecto fraternal, de pura y simple amistad, sin que por asomo hu-

biese podido pensar en lo que devoraba el alma de Sascha: una pasión, un amor, la fuerza arrolladora de un cariño.

Sentía por él admiración, cordialidad, cariño de hermana, el afecto que inspira quien arrancó de nuestra mente las ideas de soledad, pero sólo eso...

Ella gustaba además de la música y le complacía que su amigo compusiera canciones de esas sentimentales que dan al alma un extraño y misterioso anhelo...

Llegaron hasta la escalinata de primera, y, atrevidamente, Heather pasó por debajo de la cuerda que indicaba que allí ya comenzaba el recinto de los viajeros de lujo.

—Tengo miedo.

—Calla y sígueme.

Le brindó el brazo, y sonrientes los dos, comenzaron andar por aquellos corredores blancos y alfombrados.

De pronto, al ir a entrar en una de las cámaras, se toparon con un oficial que iba a salir al mismo tiempo.

El marino, respetuoso, les dejó paso, y ellos, un poco azorados, sin poder evi-



tar su inquietud, pasaron más que de prisa, simulando hablar de cosas indiferentes.

Al oficial le extrañó la pobre indumentaria de aquella pareja que contrastaba con la elegancia habitual de los pasajeros de primera. Un poco sorprendido la siguió, y Heather y Sascha al observar que eran espiados, aceleraron el paso como delincuentes.

Ya no le cupo duda al oficial, viendo cómo se volvían a contemplarle disimuladamente, que se trataba de dos intrusos que habían tenido el atrevimiento de trasladarse desde sus humildes lugares a aquel sitio reservado a los que pueden pagar bien.

Avanzó rápidamente; los dos jóvenes, asustados, empezaron a correr... El oficial se acercaba. Entonces, viendo antes ellos una doble escalinata, acordaron separarse para desorientar al perseguidor. Sascha tomó por la parte derecha, y ella por el lado izquierdo, descendiendo velozmente y encontrándose Heather que había llegado a uno de los departamentos de la bodega.

Oyó las voces del oficial, y asustada, temblorosa por su escapatoria, dióse cuenta de que se encontraba en un recinto que servía de cuadra a varios caballos de carreras... Inmediatamente, sin pensar ya nada más, corrió a ocultarse detrás de una gran manta de abrigo, pendiente de una cuerda junto a la pared.

Larry Beaumont, el joven que hasta hacía poco se había encontrado en cubierta hablando con Diana, la mujer

con la que pensaba casarse, se hallaba junto a uno de sus caballos sin haber visto, distraído, entrar ni esconderse a Heather.

Mientras examinaba las patas vendadas de su caballo de polo, distinguió a poca distancia unas finas piernas de mujer.

Extrañado de aquel raro descubrimiento avanzó hacia allí, y Heather, muy emocionada, salió entonces de su escondite.

—Pero, ¿qué hace usted aquí?

—¡Silencio, por Dios!—exclamó la joven tapándole la boca, pues acababa de oír de nuevo voces en lo alto de la escalera. Eran las del oficial que preguntaba a un marinero si había visto pasar a una pareja, pregunta contestada negativamente por el tripulante que se hallaba medio dormido.

Los dos hombres se alejaron, y entonces Heather suspiró muy aliviada:

—¡Qué alegría! ¡Ya se han ido!

—¿Qué le pasa a usted?

—Fuí una tonta... Perdón. Soy pasajera de tercera clase, me interné en primera, y un oficial me persiguió...

—¡Gracioso atrevimiento!

—¿Estorbo?—preguntó ella, ingenuamente, contemplando a aquel muchacho alto y fornido que vestía un largo gabán.

—Si no le estorba a "Pancho", a mí no—dijo señalando al caballo, al que dió de beber.

—¿Qué caballo tan bonito! Usted cuida del establo, ¿verdad?

—Sí...

—Debe costar mucho.

—Un poquito...

—¡Qué lástima gastar dinero en caballos, cuando hay tantos pobres en el mundo!

—La vida es así, jovencita. ¿Qué le vamos a hacer?

A Larry le gustó la inocencia, el aire tímido y agradable a la vez de la jovencita, su mirada cándida y suave.

—Síntese un poco... Se lo ruego.

—Pero, ¿y si vuelven?

—No tema. Nada le harían. Pero usted es escocesa, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he adivinado por esos mitones.

Y le señaló las manos que ella llevaba enfundadas en aquellos fuertes guantes de lana.

—Y usted... usted debe ser el mozo que cuida de esta cuadra, ¿verdad?

—Algo de esto...

Y agradándole que le tomaran por lo que no era, no quiso confesar a aquella viajera linda y tímida, su verdadera personalidad.

—Los mozos de cuadra deben tener mayor categoría que las chicas que venden mermelada. Yo antes vendía dulces por las calles de Escocia.

El sonrió.

—¡Son cosas tan distintas!

Se oyó desde arriba la voz de Sascha que repetía nervioso: ¡Heather! ¡Heather!

La jovencita se levantó:

—Me llaman... ¡Buenas noches, señor!...

—¡Adiós, bonita!

Heather acarició el caballo, diciendo:

—Eres un encanto.

—Muchas gracias.

—Perdone... Se lo decía a "Pancho".

—¡Afortunado mortal!

—¡Adiós, señor! Y dígame, ¿sabría usted dónde podría encontrar un piano? Mi compañero ha hecho una canción y quisiera oírla.

—Arriba, en el salón, a mano izquierda.

—Muchas gracias.

Subió las empinadas escaleras y se volvió hacia Larry.

—¡Malas escaleras éstas para los caballos!

Larry sonrió... Vió llegar al mozo de cuadra y le dió instrucciones acerca del próximo desembarque de sus caballos de polo. Mucho cuidado, ¿eh?

Mientras, Heather, un poco turbada por su encuentro con el supuesto mozo, tan fino y señoril, se había reunido con Sascha.

—¿Y el oficial?

—Se marchó. Yo he podido ocultarme en la bodega, entre bultos. Pero he pasado un mal rato, Heather... Mejor será que nos volvamos inmediatamente a nuestro puesto.

—No seas tonto... Sé dónde hay un piano. Ven conmigo.

—Pero...

—Nadie nos verá.

Y obligó a seguir a su amigo, que temía obrar con tanta imprudencia. ¿Qué iban a hacerles si les encontraban?



Llegaron a una salita donde había un piano de cola.

Se sentaron ante él, y al comenzar los primeros compases de la canción, Sascha olvidó sus escrúpulos, sus temores; y como si se encontrase en su propia casa comenzó a tocar con magnífica seguridad.

Pero su tranquilidad, así como la de Heather, debían durar muy poco al ver aparecer al oficial que antes les había seguido.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

Quedaron sin saber qué decir, balbuceando unas torpes palabras de excusa.

—Son ustedes viajeros de tercera, ¿no?

—Sí, pero... deseábamos tocar el piano, y como allí no hay...—explicó la joven.

—Voy a entregarles a ustedes al capitán... Ha habido algunos pequeños robos y...

—¿Nos cree usted capaz de robar?—protestó Heather, furiosa.

—Yo no creo nada... pero ustedes no podían entrar aquí...

—Tenemos un amigo en primera que responde por nosotros.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—¡Oh, mírelo! ¡Precisamente ahí está!

Pasaba por el cercano corredor el buen Jansen cargado de ropa interior y exterior de su señorito... Al ver allí a aquellos conocidos quiso huir y taparse el rostro con el montoncito de camisas planchadas, pero por haber levantado demasiado los brazos, cayó al suelo toda la ropa y no evitó que le descubrieran.

—¡Señor! ¡Señor!—dijo Heather yendo hacia él—. Dígame usted que no somos ladrones, que somos unos inofensivos pasajeros.

Muy turbado, Jansen, que, ayudado por un camarero, acababa de recoger la ropa caída, contestó:

—¡Oh, claro! ¡Eso son, naturalmente! Gente honrada, de toda confianza.

El oficial, espíritu vivo y sagaz, miró con extrañeza a Jansen, pareciéndole que este hombre tampoco tenía el aspecto de ser viajero de primera.

—¿Quién es usted?

Antes de que Jansen pudiera definir su personalidad, ya Heather había hablado.

—Pues es amigo del alcalde, del gobernador de Nueva York y del coronel Lindberg, para que usted se entere.

El oficial examinó una americana que llevaba Jansen en la mano y leyó en la tirilla del forro: Larry Beaumont.

—Este no es el nombre de usted—dijo severamente—. Conozco a Larry Beaumont.

—¿Y quién le ha dicho que yo sea el señor Beaumont?—contestó, sulfurado—. ¿Ve usted este reloj?

Y abrió su monumental cronómetro de oro.

—Sí.

—¿Qué nombre lleva grabado?

—Pues... Jansen Sterling.

—Eso es. ¿Lo ve? Pues éste es mi nombre... Y el otro el de un amigo mío muy querido.

Larry apareció en aquel momento. Iba vestido de smoking y su elegante persona se acentuaba más con el aristocrático traje.

Heather lanzó una exclamación de sorpresa al ver que el hombre a quien ella tomara como un simple mozo de cuadra era un pasajero distinguido, todo un gran señor, acaso un millonario.

—¿Qué ocurre?—preguntó con cu-

riosidad mirando a Heather, a su compañero y luego a Jansen.

—Sencillamente—explicó el oficial—. Pues que estos dos pasajeros de tercera han venido a primera. Y que voy a denunciarles al capitán, pues sospecho si ellos han podido...

—No diga nada—exclamó reconociendo a Heather que le contemplaba con ojos un poco angustiados—. Esta señorita es amiga mía... Considérelas a ella y a su compañero como invitados míos...

—Usted perdóne. Entonces, nadie les molestará más.

Marchó el oficial, y Heather sonrió al que tan generosamente les protegía...

—¡Qué alegría! ¿Conque usted es también amigo del señor Jansen?

Este tosió discretamente, temiendo que su amo descubriera ahora la verdad y le humillara ante los que se había hecho pasar como hombre rico. Pero Larry se limitó a sonreír.

—Somos viejos camaradas...

Y pegándole un suave golpecito en la espalda a su mayordomo, añadió:

—Y haz el favor de recoger ese cuello.

Jansen, animado por la sonrisa del millonario, se atrevió también a pegarle unos golpes y luego ruborizándose como si acabase de cometer una travesura, recogió el cuello y se alejó rápidamente, agradecido a su amo por su exquisita discreción.

—¿Quiere oír la canción de Sascha, señor Larry?—preguntó Heather.

—¡Ya lo creo!



—No vale la pena—se excusó el ruso.

—¿No vale la pena y me la dedicate?

—Veamos... veamos...

Sascha, muy emocionado, se puso a tocar y a cantar, primero con voz trémula, después con mayor sosiego y serenidad, la canción que acababa de componer... Mientras cantaba, Heather movía la cabeza, afirmando lo bonita e interesante que era aquella tonada... Y la canción se hacía cada vez más dulce, como un suave recuerdo de amor...

*Eres tan deliciosa  
y tan caprichosa  
que anhelo tu querer.  
Y por lo tanto...  
a ti te elijo  
para siempre jamás...*

Se interrumpió unos momentos... Volvió a cantar:

*Muchas a montón las he tenido,  
pero ahora eres tú mi adoración...  
Eres deliciosa y caprichosa  
y anhelo tu querer...  
Eres deliciosa y caprichosa.*

Ella le escuchaba con atención, sintiendo emocionado su espíritu ante aquella música que parecía despertar sensaciones nuevas en su alma... Cuando él repitió que "muchas a montón las he tenido", Heather le amenazó picarescamente como enfadada, mas luego el segundo verso lo coronó con un mohín

encantador... "Pero ahora eres tú mi adoración."

El artista volvió a repetir su canción, música verdaderamente inspirada y que agradaba también a Larry, que, oyéndola, no dejaba de mirar a Heather como si fuera él mismo quien repitiera a esa mujer los conceptos tan ardientemente expresados en el ritmo.

Un camarero quedó en el corredor, frente a la sala, escuchando aquella melodía amorosa. Después, silbando su tonada, se dirigió a la cercana sala de te pasando de mesa en mesa y ofreciendo pastas a los concurrentes.

En una de las mesas se hallaban Diana Finks y su madre. Esta decía a su hija, cuya belleza aristocrática triunfaba bajo las suaves luces de color:

—Ya sabes que tomamos este vapor sólo porque en él viaja Larry Beaumont. ¿Por qué no le diste el sí cuando se te declaró?

—Hay que aguardar. A los hombres se les cautiva haciéndoles esperar. Prefiero decir: "Lo pensaré".

—Pues ten cuidado, hija mía. Una mujer jamás está segura de un hombre hasta que le han echado la bendición... Y sería lástima que perdiejes a Larry; nosotras somos ricas, pero Larry es una de las primeras fortunas del país.

—Tengo a Larry seguro. Además, por aquí no hay quien me haga la competencia.

—No andes muy confiada. Donde menos se piensa...

Se levantaron. Antes, Diana se contempló en el espejito sonriendo vanidosa

de su belleza... No había mujer alguna que se le pudiera comparar en el barco en hermosura.

Salieron lentamente; al cruzar el corredor oyeron una cadenciosa melodía. Se detuvieron ante la sala de música y vieron a un joven que cantaba y tocaba el piano... Junto a él, una muchacha aparecía como en éxtasis, mirando a Larry Beaumont, quien por su parte sólo tenía ojos para contemplar y admirar a la linda pasajera escocesa.

Los dos jóvenes se iban sintiendo saturados de aquella bella composición de arte. El arte es maravilloso porque expresa en forma divina y sublime lo que nosotros no sabríamos decir y que, sin embargo, vibra en nuestra alma... Aquella música, aquella canción, parecía retratar todo el anhelo de Heather, toda una misteriosa inclinación hacia Larry, quien, sin comprender la causa, se sentía igualmente sumergido en una onda de felicidad.

Y entretanto el pobre Sascha seguía cantando para que, cual nuevo Cyrano, los demás se emocionaran con su arte y sintieran latir las fibras de su corazón.

Su voz sonaba acariciadora:

*Eres tan deliciosa y tan caprichosa  
que anhelo tu querer...*

Y allá junto a la puerta, madre e hija se veían desagradablemente sorprendidas por el diálogo mudo que cambiaban Larry y aquella mísera pasajera. La madre hizo una seña a Diana. ¿No se lo había dicho? Pero ella le reco-

mendó calma contemplando con infinito desprecio a la humilde joven que parecía rezar ante Larry.

Súbitamente, Sascha descubrió que Heather y Larry se contemplaban con fervor, e inquieto, con una gran melancolía, cesó de tocar.

El apagamiento de la melodía les sacó del éxtasis en que se hallaban, pareciendo volverlos a la realidad.

—Vale más que regresemos, Heather —dijo Sascha con una voz temblona en que palpitaba el disgusto.

—Todavía no...

—Sí, es tarde... y hay que arreglar las cosas.

Las manos de Heather y de Larry se estrecharon con fervor.

—Quizás pueda serle útil—dijo el millonario—. La veré mañana antes de que desembarquemos.

—¿No se olvidará?

—¡No!

—Gracias por todo.

Sascha balbuceó unas cortas frases de gratitud por haberles protegido. Pero tenía miedo. Le parecía que estaba amenazada su dicha. Mas, verdadero artista, incapaz de odiar, no sentía antipatía alguna contra Larry y sí solamente un leve disgusto contra sí mismo, contra el ambiente, contra las circunstancias que le rodeaban.

—¡Adiós, joven!—le dijo Larry—. Toca usted muy bien... Su música es preciosa. Le auguro un éxito.

—Muchas gracias.

Heather y el ruso abandonaron el salón de música. Larry parecía hallarse



aún como atormentado por una extraña desazón. No se fijó en que su prometida y la madre de ésta se hallaban ante la puerta observándole con recelo... La madre pretendió otra vez entrar, pero Diana, más cauta, no pareciéndole oportuno, se lo impidió... Aquella muchachita de tercera clase no le daba miedo alguno, y convenía hacerse la interesante, no ir detrás de Larry... Los hombres aman a las que les desdennan y lo contrario. Y siguieron su camino en silencio, abstraídas en su meditación.

Diana no sentía celos; amaba a su manera a Larry, sin grandes apasionamientos, más bien por conveniencia. Era una de estas mujeres de temperamento frío que no saben dar nunca verdadera felicidad.

A Larry le gustaba Diana, a la que se había declarado al principio del viaje. Hacía mucho tiempo que se conocían... Pero hubiera querido una mujer apasionada y siempre interesada por él, y se encontraba con una especie de hermosa estatua carente de calor... Y eso le aburría y se preguntaba si sería feliz con ella.

No era, pues, extraño que su alma, que no hallaba su verdadera compañera, se hubiera sentido profundamente interesada por la simple sonrisa de Heather, por su fresca ingenuidad, por su sinceridad espontánea y pura. Y largo rato después, aun resonaba en sus oídos el eco de aquella canción, y tenía grabada en su retina la imagen clara de la escocesa.

\*\*\*

Heather y su amiga Olga dormían en el mismo camarote. Las dos muchachas mientras acababan de desnudarse para dormir su última noche a bordo, comentaban los acontecimientos de la jornada.

—¡Qué interesante es ese Larry!— suspiraba Heather—. ¡Qué lástima que no sea un jockey, un groom, algo parecido!

—¿Por qué piensas eso? Vale más que sea millonario.

—Es demasiado para mí. Me he enterado de que tiene una fortuna inmensa.

—En América todo el mundo es igual.

—¡No lo creas!

—¡Sí! ¡Sí!... Estoy muy contenta, Heather... Empieza bien nuestro viaje. ¡Qué suerte que tú y yo hayamos intimado con dos personajes!

Heather se sentía muy fatigada y momentos después, agitada por dulces sueños, se quedó profundamente dormida.

Olga no omitió su oración cotidiana

a la que agregó un nuevo salmo salido de su alma.

—...y que el señor Jansen se case conmigo. Amén.

Después con la misma presteza que su amiga se metió en su litera.

Heather pasó toda la noche viviendo esos sueños que parecen una prolongación de hechos que agitan nuestra memoria.

Le parecía desembarcar y encontrarse junto a una fantástica estatua de la Libertad.

Una doble hilera de policías le rendía honores, saludándola a su paso y arrojándole flores que guardaban en lindas canastillas de mimbre.

Luego sonaba una alegre música y los policías desfilaban ante ella mientras unos cuantos fotógrafos tiraban sin cesar placas para las revistas ilustradas.

Aparecían después cuatro periodistas jóvenes que la saludaban con grandes reverencias y cantaban una canción llena del dinamismo de su oficio:

—Represento el "Journal".



—“El Warheit”.

—“El Telegram”.

—“El Times”.

—¿Qué opina usted de América?

—¿De la mujer americana? ¿Del mundo que va a ver? ¿Por favor, qué opina usted?

Desaparecieron los repórters por escotillón, mientras Heather se sentía feliz ante aquel recibimiento triunfal. Pero todavía sus sorpresas no habían terminado.

En el gran basamento de la Estatua de la Libertad se abrían unas puertas disimuladas y salían de ella hasta ocho ancianos vigorosos, vestidos con el simbólico traje de Tío Sam. Realizaban ante ella diferentes evoluciones de revista saludándola y dándole la mano con piruetas y movimientos artísticos, mientras cantaban:

*¡Bienvenidos seáis, húngaros,  
australianos, lávaros...*

*chinos, alemanes, árabes,  
mongoles, brasileños, tirolese!*

*De todas las naciones a la  
tierra de la Libertad.*

*¡Bienvenidos a la tierra del crisol!*

*¡Bienvenidos a la tierra de la Libertad!*

Surgían nuevos fotógrafos; Heather se retrataba con los ocho ancianos, y luego volvían los policías y los repórters cantando todos una canción optimista.

Un hombre parecía surgir ante ellas de una pequeña isla como si fuera el genio de la riqueza y exclamaba:

—¡Todo el país es tuyo!

La música tocaba un himno triunfal... Llegaba la primera autoridad de la población con una gran llave de oro que entregaba a Heather y ésta sonriente iba a abrir las puertas de aquel templo de riqueza y trabajo que era la ciudad de Nueva York.

La estatua de la Libertad parecía moverse ante los ojos de la joven, y en vez de empuñar la simbólica antorcha que ilumina al mundo, tenía en la mano el cuerno de la abundancia, y a tiempo que entonaba un saludo a la que llegaba en busca de fortuna, vertía sobre la cabeza de todo el grupo una lluvia nutrida de billetes de banco...

—¡Bienvenida a la tierra de la Libertad! ¡Todo el país es tuyo! ¡Te ofrecemos nuestra hospitalidad!

Heather, deslumbrada ante aquel maná de oro, levantaba los brazos en profundo anhelo, no queriendo perder ninguno de aquellos papelitos de color que valían una fortuna... Y así, con los brazos en alto, despertó de su ensueño, y se encontró desilusionada en el camarote, viendo con amargura que todas aquellas bellezas no habían sido más que producto de su dormida imaginación.

Se restregó los ojos y vio junto a ella a su amiga Olga que le decía con grandes muestras de contento:

—¡Ya estamos en América, querida! Son las ocho.

—¿Sí?

—¡Y ya se ve la estatua de la Libertad!

Saltó rápidamente de la cama y asomándose al ventano vió el bellissimo monumento. Luego, una serie grandísima de rascacielos que formaban bajo el cielo gris de la mañana una inmensa mole dentada...

—¡La estatua de la Libertad! ¡Los rascacielos! ¡Voy a vestirme en seguida! ¡Quiero verlo todo, todo!

—No tardaremos en desembarcar.

Vistióse Heather en un santiamén, mientras Olga, llamada por sus herma-

nos, iba hacia arriba, pues habían llegado ya los inspectores de inmigración y era preciso presentar los documentos, sin cuyo examen previo y minucioso nadie desembarcaría en el país.

Heather recogió su documentación, e ilusionada, pensando en la vida nueva que la iba a esperar y en la alegría de volver a ver a Larry Beaumont, subió a cubierta y entró luego en la oficina destinada a los inspectores.



\* \* \*

Tuvo que esperar bastante rato a que le tocara el turno. El examen era lento, severísimo, y no se autorizaba la entrada en el país si la documentación no estaba en el orden más completo.

Por fin Heather entregó su papeles. Los examinó un funcionario con un ademán indiferente.

Al cabo exclamó mientras consultaba una carpeta:

—Siento decirle, señorita Heather, que no puede usted desembarcar.

El espanto coloreó sus mejillas.

—¿Por qué?

—Hay aquí una carta de su tío... Dice que ha tenido grandes reveses de fortuna y que no puede mantenerla. Vea usted.

Ella leyó una carta fría de su pariente de terminante negativa a ayudarla.

—¿Qué voy a hacer yo entonces?

—¿Tiene algún otro pariente?

—¡No!

—Lo lamento, pero la ley es rigurosa en ese sentido. Tendrá usted que regresar a Europa.

Heather estaba a punto de llorar. Por contraste, aun tenía fresco y reciente el engañador ensueño de aquella noche. ¡Ah, cuán distinta la verdadera vida, de los engañosos sueños!

—¡No! ¡No!—murmuró—. ¡No es posible que usted me prive de entrar en Nueva York!

—Lo siento, pero no podemos discutir. Inspector O'Flynn—dijo llamando a un agente.

—Mande usted.

—Cúidese de esta joven. He aquí sus documentos. No puede entrar en el país.

—Entendido.

Cogió por un brazo a Heather, pero ella desprendiéndose con rudeza, volvió de nuevo a suplicar a aquel otro hombre cruel que le quitaba una de las más grandes ilusiones de su vida:

—¡Admítame usted!... Yo puedo trabajar, no seré una carga inútil, le prometo que me ganaré la vida.

—¡Imposible!

—¡Sea bueno, señor!

—Déjese de tonterías y venga—interrumpió el inspector, un hombre de característica brusquedad.

Se sintió vencida bajo el peso de la realidad. Sin protestar ya, comprendiendo que era inútil todo esfuerzo, siguió al inspector O'Flynn hacia un cercano departamento en que había también varios desgraciados a los que, como a ella, se negaba la entrada en la gran ciudad...

La pobre estaba desolada. ¿Por qué era tan cruel su tío negándose a ampararla? Pensaba que era mentira que hubiese tenido reveses de fortuna. Todo eran excusas para no mantenerla, para no gastar una insignificante cantidad mientras ella no encontrase empleo.

¡Dios mío! ¿A quién acudir en aquel trance penoso? ¿Quién podría tener influencia para que la dejaran pasar? ¡Oh, si pudiera hablar a Larry Beaumont, el joven millonario que tan bondadosamente se había portado con ella el día anterior, y al que recordaba con la emoción que inspira un hombre superior!

Mas ¿dónde estaba Larry? ¿Cómo poder reunirse con él, hablarle, contarle lo que le estaba pasando?

Larry debía tener amigos en todas partes, y si él quisiera, seguramente Heather podría desembarcar y entrar en Nueva York que ya estaba ante ella mostrándole sus enormes fachadas pero con la hostilidad del que no quiere abrir su puerta.

Y sin que ella lo supiera, Larry Beaumont se preocupaba de la joven. En aquellos mismos momentos el millonario

se encontraba hablando con Diana y un amigo que había acudido a recibirle.

—¡Aquí está el remolcador, Larry!—decía Diana—. Vamos a ir a tierra en seguida.

—Debes perdonarme un momento, Diana... Unos amigos de la fábrica me esperan. Tengo que hablar primero con ellos...

—Bien, pero no tardes.

—Descuida. Y a propósito, Diana, ¿me quieres hacer el favor de mandar esta carta? Me aguardan esos señores y yo no puedo entretenerme.

—Con mucho gusto.

—Es para aquella jovencita de tercera. La pobre va a desembarcar en tierra desconocida, y me da lástima. Le doy mi dirección y le digo que me telefonee si me necesita.

Una sonrisa desdenosa se dibujó en los labios de Diana.

—Descuida. Se la daré.

—Gracias. Hasta ahora, Diana.

—¡Adiós!

Diana quedó sola, dando vueltas al sobre en que aparecía con letra firme y vigorosa el nombre de Heather.

¡Bah! ¡Aquella estúpida muchacha! ¿Y sería ella, la propia Diana, quien le entregaría aquel escrito, quien le pondría a los dos en relación? Recordaba que Heather parecía como enamorada de Larry y que éste también demostraba una simpatía profunda por la escocesa...

Diana creía efectivamente en el amor de Larry, pero a veces se acusaba de tener un carácter muy distinto al de él. El era muy espiritual; ella en cam-



bio, una muchacha de ideas muy modernas a quien todas estas cosas del espíritu hacían reír... Y aquella Heather parecía tan sentimental, de gustos tan parecidos a los del joven...

Pero de pronto sonrió rechazando todos estos pensamientos como inoportunos. ¡Qué tontería! ¿Cómo iba a tener miedo de aquella infeliz, de aquella emigrante, pobre criatura sin amparo y en la mayor de las miserias? Sí, entregaría la carta. No debía temer para nada a quien estaba tan por bajo de ella.

En aquel instante se presentó la madre de Diana.

—¿Qué es eso?

—Pues nada... una carta para la nueva amigueta de Larry, esa ingenua chica de tercera.

La señora cogió la carta y sin decir palabra la hizo en cuatro pedazos y los tiró al mar.

—Mamá, ¿qué has hecho?

—Quitarte un estorbo. Cuando se deben vigilar los maridos es antes de casarse.

—Pero esa chica...

—No hay enemigo pequeño. Y ya viste además el modo especial como se miraban Larry y ella... Evitemos toda rival... Sería muy triste que después de que Larry se ha declarado, lo perdiésemos y con él todo su dinero.

—Sabes más que yo, mamá.

—Saber, no. Tengo experiencia.

—¿Y si Larry me pregunta...?

—Le dices que entregaste la carta... Como nunca más ha de ver a esa muchacha, el asunto queda terminado.

—Tienes razón.

Y sin remorderles en lo más mínimo la conciencia volvieron a su camarote para dar orden de que se recogiesen cuanto antes sus equipajes.

...

El inspector O'Flynn había salido a cubierta con Heather, permitiendo a ésta que se despidiera de sus amigos que se lamentaban profundamente al saber que no podía desembarcar.

Sascha aparecía muy apesadumbrado, pues amaba con toda su alma a la escocesa y sufría por aquella separación definitiva que rompía para siempre los ensueños forjados en el mar.

—Heather, sólo hay un remedio para que te dejen desembarcar—le murmuró el joven enamorado.

—¿Y no me lo dices?

—Que te casaras conmigo.

Esperaba anhelante la respuesta de la que dependía la felicidad o la tristeza de su futuro vivir.

Pero Heather fué leal en su contestación, con la sinceridad de la criatura que no ha sabido mentir nunca y menos en las cuestiones del corazón:

—Las personas no se deben casar si no están enamoradas.

—¿Y quién dice que yo no te amo? ¿No sabes que eres mi vida entera?

—Sí, pero...

—Comprendo lo que me vas a decir. Que tú no me quieres. Pero yo estoy seguro de que cuando me conocieses mejor, me amarías de veras.

—El amar no puede dejarse al azar, Sascha.

—Eres cruel.

—Soy honrada. No quiero engañarte. Nunca he pensado en casarme contigo.

—Heather, ¿y siempre serás así? ¿Siempre me dirás lo mismo?

—No sé... Vamos a separarnos. Tal vez no nos veremos más. Es imposible lo que piensas.

—¡Heather!

Llegó Olga, la hermana de Sascha. Heather le preguntó con interés:

—¿Has averiguado algo?

—Sí. Y malo por cierto.

—¿Entonces?

—El señor Larry Beaumont ya desembarcó.

—¿Y no dejó ningún recado para mí?

—¡Nada!

—¡Y me prometió no olvidarse!

Había en los ojos de la escocesa la primera sombra de la desilusión, ese pri-



mer desengaño que nunca olvidan las mujeres... Entonces, ¿aquel misterioso anhelar de su alma era una cosa estéril?... ¿Debía borrar el recuerdo de Larry como algo que nunca volvería?

"Tommy", el hermoso perro de la joven, ladraba a sus pies. Ella lo cogió en brazos, acarició aquella cabecita inteligente, y dándole a Sascha, que había guardado silencio, le dijo:

—Sascha, te dejo a "Tommy". Cuidalo bien.

—¡Gracias, Heather!... Pero, ¿por qué te vas?— y de nuevo sentíase esperanzado ante la marcha del millonario—. Podíamos casarnos. Seríamos felices. Yo estoy seguro que acabarías amándome como te amo yo.

—No, Sascha. No quiero casarme.

—Piensa que habrás de volverte a Europa... que allí no tienes a nadie, que aquí en cambio tendrías una familia pobre, pero que te amaría como tú te mereces.

—¡No puede ser!

Era Heather de las mujeres que comprenden que el amor no se improvisa ni se puede dar a la fuerza... Y su corazoncito, la parte del corazoncito destinada al futuro compañero de su existencia, no era para Sascha. Acaso para un hombre como Larry, por ejemplo... Pero Larry se había marchado sin volverse a acordar de ella. Y Heather regresaría sola a Europa con su fracaso de amor, aniquilado cuando comenzaba a nacer...

El inspector O'Flynn llegó hasta ellos. Había que desembarcar para que-

dar en la oficina de inmigrantes en espera de que saliese un barco hacia Europa.

Calladamente Heather estrechó las manos de Sascha y abrazó a Olga.

—¡No nos olvides!—le murmuró Olga dándole un papel—. Y escribe a esta dirección.

—Lo haré.

Luego saludó a varios emigrantes, a los otros hermanos de Olga, a los distintos compañeros de travesía que preparaban sus bártulos para desembarcar.

De pronto vió al señor Jansen que se hallaba entre los grupos para despedirse de todas aquellas buenas gentes que le habían adorado por su espíritu afable y democrático.

Aunque iba casi al lado del inspector, ella murmuró al señor Jansen:

—Señor Jansen, hágame usted un favor. Distraiga al policía unos momentos.

—Descuida, preciosa.

Heather acababa de forjar un plan de fuga. La idea de volver sola a Europa, de no poder desembarcar en la tierra que creía de promisión, la desesperaba y estaba dispuesta a jugarse el todo por el todo para evitarlo.

Jansen miró al inspector, un hombre corpulento y de edad madura, con cara de pocos amigos, y le hizo varias señas.

O'Flynn lo contempló con curiosidad.

—¿Qué desea usted?

Jansen empezó a usar el lenguaje de los dedos, como un sordomudo, dejando al inspector completamente desorientado.

—No entiendo—exclamó.

Risueño y siempre con movimientos nerviosos, Jansen quitó al inspector un lápiz que le asomaba por el bolsillo de la americana y le hizo entender a duras penas que quería un pedazo de papel.

El agente le entregó un block y esperó con curiosidad las explicaciones de aquel desconocido.

Entretanto, Heather se había ido retirando poco a poco, en espera de un momento de distracción del inspector, para escapar de allí.

Con toda lentitud Jansen escribió unas palabras y luego le entregó el block al inspector.

Este leyó, malhumorado:

*¿Puede un sordomudo desembarcar en América?*

Condescendiente, el inspector escribió a continuación:

*¡No!*

E iba ya a marchar, pues se había fijado en que Heather se alejaba más de la cuenta, cuando Jansen le cogió de una mano, distrajo de nuevo su atención y volvió a escribir en el block:

*¿Ni aunque hable con los dedos?*

—¡Tampoco!

El mayordomo simuló no comprender y le rogó escribiera la respuesta, lo que hizo O'Flynn poniendo un gran ¡No! en la hoja de papel que arrancara del block y que entregó al supuesto sordomudo.

Este sonrió, y viendo que Heather había ya desaparecido de cubierta, no pudo evitar una gran alegría; y sin acor-

darse ya más de la comedia que acababa de realizar, dijo con potente voz:

—¡Magnífico!

Y apenas hubo pronunciado esta palabra, se tapó la boca con el papel, horrorizado por lo que acababa de hacer.

O'Flynn le miró furioso. ¡Pillo... sinvergüenza! Conque sordomudo, ¿eh? ¡Cómo se había estado burlando! ¡Quiso detenerle, pero ya Jansen escapaba más que de prisa, con la satisfacción de haber realizado un gran favor a la escocesa.

Sin preocuparse ya más de aquel fresco, el inspector empezó a buscar por cubierta a Heather.

Pero, ¿dónde podía estar? Preguntó a diferentes emigrantes, pero nadie se había fijado en aquella muchacha. Y los que la vieron salir la amparaban con generoso espíritu de hospitalidad.

—¿Has visto a la escocesa?—preguntó a un agente.

—No, señor.

—Tú nunca ves nada. Pues hay que buscarla.

Tocó un silbato y acudieron varios agentes, a quienes dió cuenta de la misteriosa desaparición. Ya no le cabía ahora la menor duda de que el falso sordomudo había sido cómplice en aquella escapatoria. ¡El pillito! ¡Ah, si lo encontraba otra vez!

Transmitió severas instrucciones a todos sus subordinados.

—Es preciso registrar todo el barco. Si no la encontramos nos va a dar un disgusto. Nos formarán expediente por negligencia en nuestras funciones.



—No puede haber desembarcado. Ha de estar aún aquí.

—Pues a recorrer el barco de punta a punta.

Se desparramaron en varias direcciones. El inspector vió de pronto a Heather que corría desorientada sin saber por dónde salir o esconderse en aquella inmensa ciudad flotante.

—¡Eh! ¡Heather! ¡Eh! ¿Dónde vas?

Ella se volvió y miró atemorizada al inspector. La presencia de aquel hombre que iba a robarle la libertad, que rompía un anhelo de fuga, puso temblores en todo su cuerpo.

—¡Heather! ¡Quieta!

—¡No! ¡Antes me tiraré al agua!...

Y siguió corriendo desesperadamente seguida por el inspector que no cesaba de gritarle:

—¡Date presa!

—¡No!

—¡Estás violando la ley! ¡No te muevas!

O'Flynn estaba ya muy cerca de ella. Cuestión de pocos momentos para alcanzarla. Un poco más y sería suya.

Y Heather quería evitar esto. Deseaba desembarcar en Nueva York y aquel hombre quería impedirselo.

Viendo una escotilla abierta se lanzó por ella, dispuesta a todo para desaparecer de la vista del agente...

Por fortuna se acababa de lanzar por el tobogán con que se echaba la correspondencia. Bajó a una velocidad tremenda, escalofriante, yendo a caer en la bodega entre sacas llenas de cartas e impresos.

Arriba, el inspector, que había llegado penosamente junto a la escotilla, no se atrevía a bajar por ella dado lo estrecho de la misma y el gran volumen de su cuerpo.

—¡Ah, maldita!—gritó—. No te saldrás con la tuya. A ver, ¿dónde conduce eso?

—Al departamento de correspondencia, señor—le contestó un marinero.

—¿Se puede entrar por algún otro lado?

—Sí. Por la escalera. Venga conmigo.

—¡Vamos allá!

Heather había oído al inspector.

Había que huir, que esconderse, fuera como fuese. Viendo una puerta entornada, la abrió y entró en el departamento contiguo donde se oían voces.

Asustada vió una gran caja de embalaje en la que estaba un caballo.

Sin pensarlo demasiado, y temiendo que la descubrieran, no sólo el inspector sino los hombres que rondaban por allí, corrió a ocultarse en la caja, junto al caballo, que cabeceó al verla, como si la reconociera de antiguo. Cubrióse con unas mantas y esperó temblando... Ignoraba la jovencita que acababa de esconderse en la caja que iba a transportar el caballo "Pancho", uno de los favoritos de la cuadra de Larry Beaumont.

Llegaron unos cuantos obreros que estaban efectuando la descarga de mercancías.

—¡Vamos, muchachos! —dijo una voz—. Hay que sacar esta caja.

—Bien...

—¡Aprisa! Y mucho cuidado, que va en ella un caballo de los mejores.

—¡Descuide!

Clavaron unas tablas, dejando una parte descubierta para que pasase el aire.

Poco después una grúa transportaba la caja a un camión. La acondicionaron con todo cuidado en el carruaje. La caja llevaba a sus lados el nombre de "Pancho", el caballo ganador en muchos encuentros de polo.

Sin osar mirar por entre los travesaños, Heather permaneció acurrucada bajo una manta, dándose cuenta de que había abandonado el vapor y de que ahora se hallaba en un camión donde permaneció largo tiempo, varias horas, hasta que sintió como el coche marchaba.

La joven experimentaba la magnífica sensación de tierra firme. ¿A dónde la llevaban? ¿No habría cometido una imprudencia, algo temerario, peor tal vez que si la hubiesen detenido, al meterse allí? Pero se entregó al destino, se encomendó a la buena de Dios, creyó que era imposible que le sucediera ningún mal...

Empezó a llover. Hacía frío... Comenzaba la noche.

El camión, después de haber devorado unos cuantos kilómetros, se detuvo en una finca.

Heather se ocultó más y más al ver que abrían la caja y unos hombres hacían salir de ella al caballo.

Heather, ocultándose entre las sombras, salió de la caja y tímidamente, bajo una fuerte cortina de agua, echó a andar, en país desconocido, bajo la noche fría, sin saber dónde resguardarse ni a quién pedir abrigo.

Convenía seguir adelante. Si la detendían serían capaces de entregarla a la policía y volverla al inspector O'Flynn. Y eso no, no. Eso, nunca.

Y siguió con paso lento su marcha, rozando la verja de un gran jardín florido del que surgían dulces perfumes, más intensos bajo la lluvia otoñal.

Ella ignoraba que aquel jardín pertenecía a la casa donde vivía Larry Beaumont, en cuyas cuerdas, situadas en aquella parte de la señorial mansión, ocupaba "Pancho" un sitio de honor.



Poco antes el inspector O'Flynn había llegado a la casa de Larry. Un criado le franqueó la puerta.

—Soy el detective O'Flynn—dijo mostrando su chapa—del Servicio de Inmigración y deseo ver al señor Larry Beaumont.

—Tenga la bondad de aguardar.

Desapareció el criado y en aquel momento pasó por la estancia el mayordomo Jansen que agitaba una coctelera de plata.

Al ver a O'Flynn quiso escapar, horrorizado ante aquella inesperada aparición, pero el inspector llegó a tiempo de alcanzarle, no menos sorprendido por el encuentro.

—¿Conque eres tú? ¡Pillo! ¡Granuja!

Jansen no osaba responder, pero el policía lo zarandeó con rudeza.

—No te hagas más el sordomudo, sinvergüenza... ¿Dónde está la joven? Era cosa tuya, ¿no?

—¿Qué... qué joven?

—La escocesa a la que ayudaste a escapar.

—Yo no sé nada... no sé nada...

Y temblaba tanto que la coctelera estuvo varias veces a punto de escapársele de las manos.

—¿No sabes nada y estás temblando?

—Tiemblo, porque... porque... he... bábido.

—¡Déjate de bromas de mal gusto, imbécil!

—¿Qué ocurre?—dijo detrás de ellos una voz.

Era Larry Beaumont, a quien un criado le había anunciado que el inspector O'Flynn deseaba verle.

El policía se contuvo, y Jansen aprovechó la oportunidad para desaparecer.

—Perdone usted. Soy inspector. Vine a buscar informes de esa joven emigrante.

—¿Qué joven?

—Una tal Heather... Vea lo que dice

el periódico en su sección de última hora.

Visiblemente intrigado Larry leyó:

*Heather Gordon, una joven escocesa a quien la policía no ha dejado desembarcar en Nueva York, desaparece del barco... Se cree se ha suicidado.*

El rostro de Larry adquirió una expresión de dolor.

—¡Pobre muchacha! ¡Crea usted que lo siento de veras!...

—Yo no soy de la opinión de que se ha suicidado—dijo el agente mirando fríamente al joven—. Más bien creo que ha logrado escapar... Dígame usted la verdad: ¿sabe algo de ella?

—Nada en absoluto.

—Me dijeron que era conocida suya y por eso vengo, para saber si usted conoce su paradero o dónde pueda estar..

—Ignoro ambas cosas. Y crea usted que estoy profundamente apenado. ¡Pobre muchacha! Yo le escribí diciéndole que acudiera a mí si necesitaba algo.

—No podía desembarcar. Pero ella ha querido jugar conmigo y eso yo no lo tolero. Si la detengo, no se escapa de un año de cárcel.

Y marchó O'Flynn, convencido, por la sorpresa y el abatimiento en que había caído Larry, de que éste ignoraba el paradero de la escocesa...

Pero, entretanto, la bonita Heather había llegado ya ante la fachada de la vivienda de aquel interminable jardín... De pronto se detuvo ante una ventana con luz.

Miró con curiosidad y con la más grande sorpresa vió a Jansen, el buen pasajero que la había protegido en la fuga y gracias al cual ella había podido librarse del inspector.

Jansen estaba arreglando en aquellos momentos un cocktail. Ella dió con los nudillos en la ventana. Jansen quedó boquiabierto, escapándosele el hielo que tenía en las manos al reconocer con la más viva de las emociones a Heather.

Tan brusca fué su impresión que se pegó un fuerte golpe en la barbilla con un aparato de gas, y luego se aplicó un pedacito de hielo en la barba para amortiguarlo.

—¡Oh, Heather!—murmuró.

—¡Señor Jansen!

La hizo señas de que fuese a la puerta de servicio, la cual él iba a abrir inmediatamente.

¡Oh, si supiera la pobre que el inspector la estaba buscando! Era preciso ocultar y defender a aquella bondadosa y desgraciada muchachita.

Le franqueó la entrada y la hizo pasar al recibidor, recomendándole que fuera de puntillas y en el menor silencio.

—Señor Jansen. ¡Es maravilloso!... ¿Quién iba a pensar hallarle a usted?

—No grite tanto... por favor.

—¡Qué casa tan bonita!—dijo bajando la voz—. ¿Es suya, señor Jansen?

Sin querer reconocer que no era más que el criado, contestó:

—Mía y de Larry.

La emoción coloreó las mejillas de la joven.

\* \* \*



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¿De Larry?

—Sí... y está aquí... y también está el inspector O'Flynn.

—¡Dios mío! Entonces vale más que me marche. Me asusta la idea de caer en poder del policía.

—Espere... Llueve y está usted muy lejos de la ciudad.

—No quiero que me cojan.

—¡Cálmese! No sé si O'Flynn se ha marchado ya. Venga por aquí. La conduciré arriba sin que nadie la vea.

Por el montaplatos la hizo subir al segundo piso. Heather temblaba aún, lamentando haber entrado en la casa.

—Debería marcharme... Tengo miedo...

—No tema. ¿No tiene confianza en mí?

—Toda.

—Pasará la noche en esta casa y mañana ya veremos.

Llegaron con toda clase de precauciones a una magnífica habitación, un dormitorio amplio y lujoso.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo ella olvidando sus inquietudes—. ¡Qué suerte tener un palacio así!

Jansen no se atrevía a confesarle la verdad, a decirle que allí él no era más que un mayordomo.

—Cámbiese de ropa—le dijo sacando de un armario un pijama propiedad de Larry—. Le caerá muy grande, pero le abrigará mucho. Es de buena lana.

—Gracias, señor Jansen.

—No me llame señor.

—¿Por qué?

—Prefiero que me nombre con mayor confianza. Jansen, a secas.

—Como usted quiera. Dígame, Jansen, ¿verdad que no veré al señor Beaumont?

—Si no quiere, no.

—Se olvidó de mí por completo... Por eso no quiero molestarlo.

—No sabrá nunca que está usted aquí. Vuelvo en seguida, Heather, voy a ver si le preparo un bocadillo.

—Muchas gracias.

Jansen salió y la joven procedió lentamente a trocar su ropa por el amplio pijama gris.

Entretanto, Larry Beaumont se despedía de Diana, de la madre de ésta y de unos amigos que habían pasado la velada con él.

Larry andaba un poco nervioso, pensando en el misterio que rodeaba la vida de la escocesa. ¿Se habría suicidado? ¿Por qué habiéndole mandado la carta no había acudido a pedirle protección?

Un poco inquieto, preguntó a Diana:

—¿Estás segura de que enviaste mi carta esta mañana?

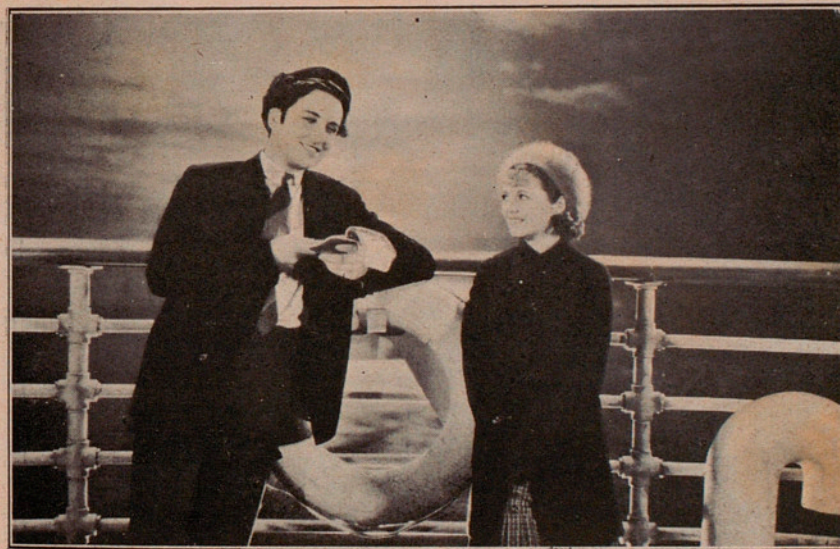
—Desde luego que sí.

—¡Pues es raro! Mira lo que dice el periódico.

Ella leyó la noticia del supuesto suicidio de Heather. Sintió que pasaba por todo su cuerpo un escalofrío, como si se considerara culpable del suceso. Pero disimulando con fina perfidia su acti-

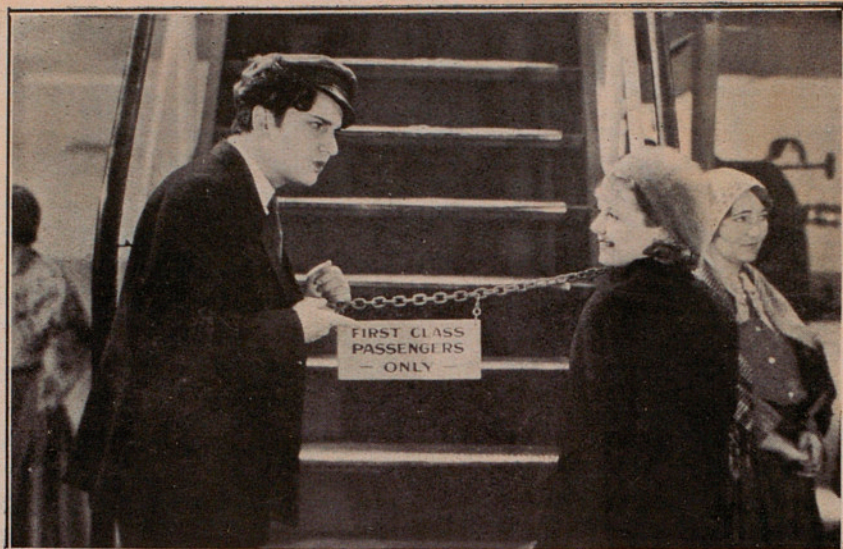


— ... lo que deseo es ir en pos de ti.



—Acabo de terminar la canción, Heather.

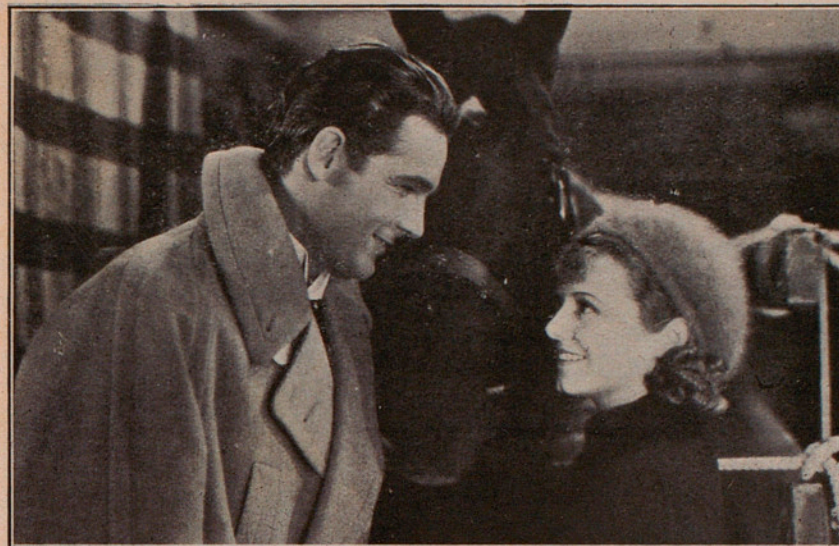




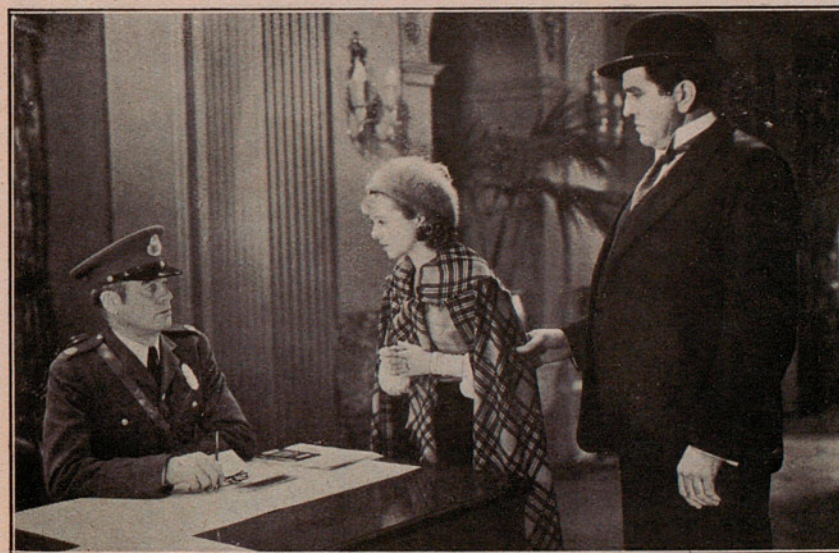
— Tengo miedo.



— Pero ¿qué hace usted aquí?

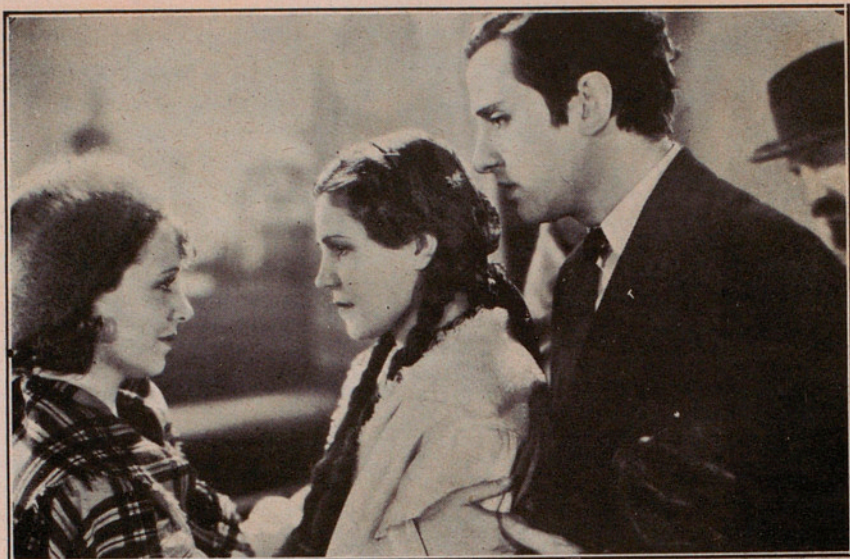


— ¿Sabría usted dónde podría encontrar un piano?



— ¡Sea bueno, señor!

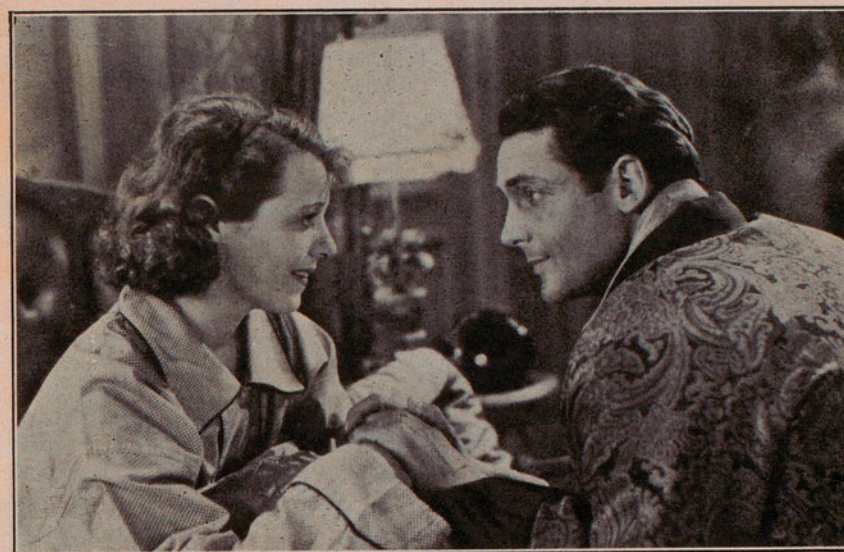




— ¡No nos olvides!



— La conduciré arriba sin que nadie la vea.



— Pensé que se había olvidado de mí.

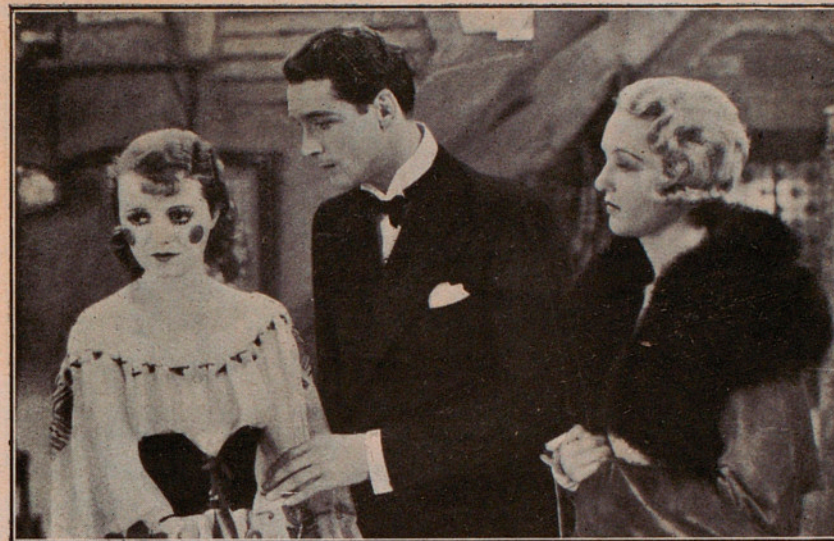


— ¿Por qué no trabajas con nosotros?





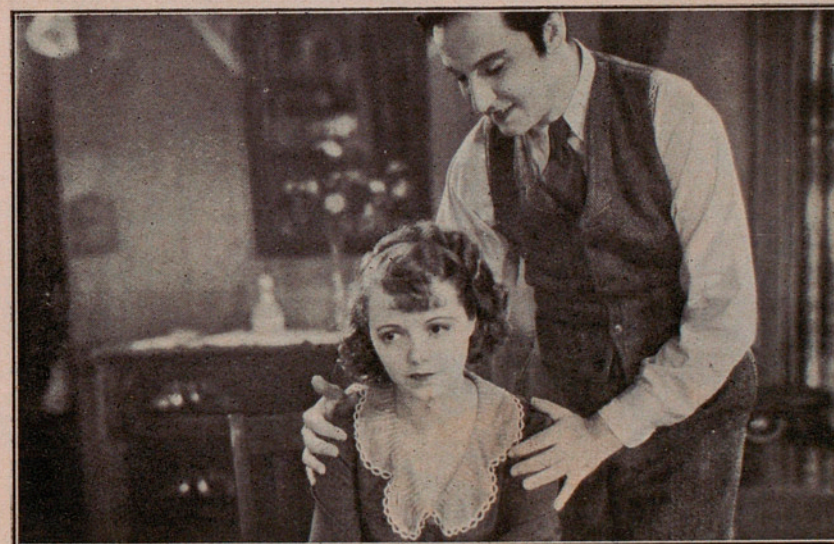
— ¿Le has visto?



— Volveré mañana... y hablaremos.

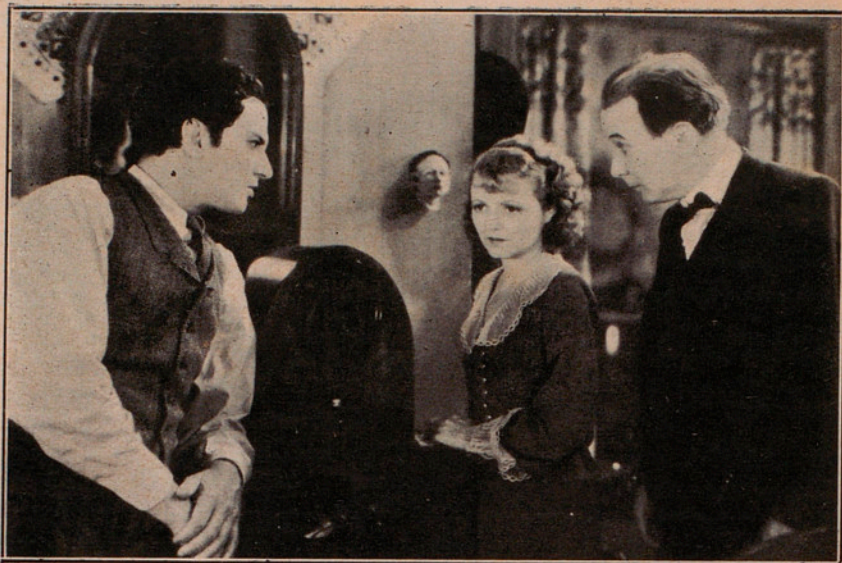


— O'Flynn ya se marchó, Heather.



... prodigándola toda suerte de mimos...





—Larry Beaumont acaba de realizar una gran jugada...



—Huí de los funcionarios de Inmigración.

## D E L I C I O S A

tud, le devolvió desdeñosamente el diario.

—¡Pues vaya unas ganas que tenía de desembarcar en América!

E inmediatamente pasó a otro género de conversación, como si le molestara hablar de la desaparecida.

Apenas madre e hija hubieron abandonado la casa, Larry Beaumont, que seguía profundamente malhumorado, se dirigió a su cuarto, situado no muy lejos de la habitación que ocupaba la linda muchacha de Escocia.



\* \* \*

Heather se cubrió también con un rojo edredón y sentóse en un diván, sintiendo un tibio calor.

Jansen entró al cabo de pocos momentos con una bandeja de plata, en la que había unos cuantos fiambres.

—Le he traído estos bocaditos, Heather. Le irán bien.

—Gracias...

—Pero usted está temblando, Heather... Tiene frío...

—Ya me va pasando.

—Le daré un poquito de whisky para que entre en reacción.

Los ojos ingenuos de ella mostraron una mayor inocencia.

—¿Pero eso del whisky no es contra la ley?

—¿Quién hace caso?

Cogió una botella de whisky, botella que al ser inclinada tocaba una dulce música.

—Conozco muy bien esa canción...

—Ella le ayudará a tomar el whisky... Tome...

Le llenó un vasito, que Heather le rechazó.

—¡Oh, no quiero tomarlo! ¡Me da miedo!

—Pues entonces voy a calentarle esta leche. Un vasito le sentará muy bien. Vuelvo en seguida.

—¿Está usted seguro de que el señor Beaumont no me encontrará?

—Segurísimo. Se acostó hace poco.

Jansen se marchó, y la jovencita quedó acurrucada en el sofá, cubriéndose con el edredón.

La música que surgía de aquella botellita de cristal le gustaba extraordinariamente, y para seguir escuchándola, dejó la botella horizontalmente sobre una mesita, y de esta manera la música iba repitiendo incansable la suave melodía de amor, que a ella le recordaba a Larry, el millonario de ensueño, que ya debía haberla olvidado para siempre. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Heather abandonaría la quinta y se dirigía a casa de sus amigos los rusos en demanda de hospitalidad.

La música seguía su canción de arrullo... Ella cantó a media voz:

D E L I C I O S A

*Cuando no se conoce a nadie...*

*La tristeza es inmensa...*

*Pero una nueva amistad*

*Pone alegría en nuestra vida...*

*Alguien aparecerá algún día...*

*Aunque ignoro de qué parte...*

*Pero ya está en el camino.*

*Y yo lo estoy esperando*

*Con anhelo y con afán.*

Y poco a poco, sumergida en una inefable dulzura, fatigada por el trajín de aquella jornada, se quedó dulcemente dormida. Y la música de la botella seguía su ritmo de carroussel.

El eco de la melodía llegó hasta el cuarto de Larry, quien, llamando a Jansen, le advirtió:

—Haz el favor de desconectar esa radio.

—¿La radio? ¡Ah, muy bien, señor!

Comprendió que se trataba de la botella de whisky y entró en el dormitorio, donde estaba Heather, para avisarle guardara silencio. Encontró a su amiguita durmiendo.

Sin decir nada, levantó la botella, la puso donde antes se encontraba y apagó la luz, dejando que Heather descansase bien.

Al pasar por el cuarto de Larry, indicó:

—Ya la desconecté, señor.

—Perfectamente. ¡Buenas noches!

Jansen se retiró a su habitación.

Momentos después Heather despertaba de nuevo, como si sólo pudiera dormir bajo el arrullo de la música.

Extrañada de no oír aquella suave

melodía, estuvo unos momentos vacilante, pero al ver de nuevo la botella, la puso horizontalmente sobre la mesita de noche y luego se metió en la cama.

Pero Larry, que ya se disponía a dormir, oyó otra vez aquel ritmo musical. ¡Maldita radio! ¡Ese Jansen estaba loco! ¿No había dicho que la acababa de desconectar?

Sin sentirse con humor para aguantar aquella música, salió al corredor, llamando a gritos a Jansen.

Heather reconoció aquella voz, y levantándose se acercó a la puerta.

Al pasar ante aquel cuarto, Larry descubrió que la música surgía de allí dentro, y profundamente sorprendido, llamó a la puerta, corriendo entonces Heather horrorizada a meterse en el lecho, cubriéndose hasta la cabeza. Pero ya Larry había entrado en la estancia, sumida en suave penumbra, y con la más viva curiosidad avanzó hacia el lecho, preguntándose quién era aquella mujer que se ocultaba allí.

La jovencita, bajando un poco el embozo, miró a Larry, y dando un grito volvió a ocultarse totalmente a sus ojos.

En la semiobscuridad que reinaba en la habitación, le pareció a Larry que aquellos ojos no le eran desconocidos y encendió una luz de mesita.

Atemorizada, pero comprendiendo que no podría ocultarse más, volvió Heather a desembozarse lentamente y dejó ver su hermosa cabeza.

Quedaron mirándose en silencio. Ella muerta de vergüenza, él, dominado por



una curiosidad invencible y al propio tiempo por una extraordinaria alegría al comprender que la muchacha había podido salvarse y eran falsos los informes del periódico.

—Pero, Heather, ¿cómo está usted aquí? ¡Es admirable!

—¡Oh, no es culpa mía! El señor Jansen me dijo que podía pasar la noche en su casa.

—¿Jansen se lo dijo? ¿Y cómo no me advirtió ese hombre que usted estaba en mi casa? ¡Maldito criado!

Heather recogió bien estas frases y comprendió que el dueño de aquella magnífica quinta era Larry, y el otro nada más que el criado, que se había extralimitado en sus funciones.

—Yo no sabía que la casa fuese de usted. No me hubiera atrevido... Jansen me dijo...

—Eso no le preocupe, Heather. Me alegro mucho de que se encuentre usted aquí. Pero ¿me quiere usted decir cómo ha venido?

—Pues con "Pancho"...

—No comprendo...

—Me querían volver a Europa... Por eso me metí en la caja de "Pancho" y con él vine en camión...

—¿Por qué no me llamaba por teléfono? ¿Por qué no acudía a mí como le decía en mi carta?

—¿Su carta? Yo no recibí ninguna carta, señor Larry.

—¿Que no la recibió usted?

—No. Pensé que se había olvidado de mí.

—¡Eso jamás! ¡Pobrecita niña! ¡Cuánto ha debido usted sufrir!

—¡Ya está pasado!

—Por eso me extrañaba no recibir noticias tuyas. ¡Ah!, ¿por qué no le mandaría Diana la carta?—comentó con amargura, sin poder entender claramente los móviles que habían inducido a aquella a obrar de tal manera.

—No se preocupe ya más, señor Larry... Sin la carta, he podido volverle a encontrar.

—Milagrosamente. Pero si usted no hubiese tenido la suerte de escapar, ¿cuánta amargura la esperaba!

—¡Con el miedo que me da el inspector O'Flynn!

—No le tema usted... Y ahora descanse, Heather... Ya encontraremos la manera de que permanezca aquí...

—Mañana empezaré a buscar colocación...

—No corre ninguna prisa... Quéde-se en esta casa todo el tiempo que sea preciso. ¡Es usted tan inteligente y tan bonita!

Y Larry, que se sentía profundamente conmovido ante la presencia de aquella criatura, ante la manera fantástica y milagrosa cómo ella había venido, sintió la tentación al despedirse de darle un beso en la cara y hasta pareció iniciar la caricia... Pero la jovencita apartó suavemente el rostro y él no se atrevió.

Y salió de la habitación sin ver cómo ella sonriente le enviaba un beso con la punta de los dedos, un beso con que vendía el secreto de su alma.

Pero Heather al quedar sola se sintió repentinamente avergonzada de que Larry la hubiera descubierto. Ella en el fondo del corazón sentía vibrar un gran amor hacia el joven, amor imposible, sin embargo, de verse realizado. Pues qué, ¿no comprendía la diferencia de clases? ¿No se daba cuenta de que ella era algo humilde e insignificante, mientras Larry era un hombre millonario y que además tenía seguramente novia, aquella Diana que por orgullo o por celos no había querido entregarle la carta de recomendación?

Pasó la noche desvelada, intentando inútilmente conciliar el sueño, atormentada por dolorosos pensamientos.

No, no podía continuar allí, pues sería un estorbo, una molestia. Sólo en los cuentos de hadas los príncipes se casan con las pastoras. Larry estaba muy cariñoso con ella, pero nunca podría tomarla como una cosa seria y formal. Larry se casaría con Diana, y Heather seguiría su ruta de tristeza.

Había que ahogar aquella imposible pasión de amor.

Y tomó la determinación de marchar a primera hora, de no permanecer en aquella casa donde estaba aquel Larry al que ella quería con una nobleza de primer amor, pero del que, la distancia social, las circunstancias de la vida, la iban a separar de modo inexorable.



A media mañana y cuando Jansen iba a llamar al cuarto de la joven para entregarle el succulento desayuno que llevaba en una bandeja de plata, se presentó Larry, mirando a su mayordomo con una sonrisa bondadosa.

Jansen, turbadísimo, intentó ocultar la bandeja, pero siéndole imposible efectuarlo, acabó por decir:

—Su desayuno, señor.

—¡Muy bien! Pero, ¿qué es ese banquete?

—Sé que le gusta al señor.

—¿Legumbres? Ya sabes que no tomo nunca... ¿Y dulces además? ¿Pero no conoces mis costumbres frugales?

—Es que quería alimentarle bien, señor.

—Dame, dame la bandeja que yo mismo serviré a Heather el desayuno.

Jansen le contempló espantado.

—¡Sí, hombre, sí!—aclaró el joven cogiéndole la bandeja—. Ya sé a quién has ocultado aquí esta noche, ya lo sé.

—Señorito Larry...

—Pero otro día me avisas en seguida. Para hacer los honores de la casa me basto yo.

—Yo no me atreví... Supuse...

—Vete a preparar mi desayuno.

Jansen, contento de que la reprimenda hubiese sido tan suave, se alejó más que prestamente, mientras Larry, lleno de ilusión, llamaba a la puerta del cuarto de la jovencita.

Repitió la llamada sin recibir contestación. Entonces, extrañado, se decidió a entrar y vió que Heather había desaparecido.

Buscó por toda la habitación creyendo que ella había podido esconderse, pero de pronto vió en la cabecera de la cama un papel.

Lo cogió nerviosamente y leyó unas líneas escritas con letra clara y gentil:

*Señor Larry:*

*Muchas gracias por su amable hospitalidad. Ha sido usted muy bueno conmigo y no quiero molestarle ya más. Voy a ver si encuentro alguna colocación. Le repito mi agradecimiento.*

*Heather*

Una penosa melancolía se apoderó del joven al leer la carta. Durante aquella noche, se había sentido dulcemente desvelado por el recuerdo de la muchachita,

tan fina, tan espiritual, tan distinta de las mujeres que él conocía, aun de la misma Diana. Y ahora, cuando él iba a asegurarle su protección, la joven se marchaba con el mismo silencio, de la misma manera furtiva y suave como había venido.

Se sentó en la cama y aspiró el tibio y delicado perfume que aquel cuerpo juvenil había dejado en la ropa. Ahora que estaba fuera, parecía que veía bien claros los verdaderos sentimientos de su corazón.

¿No sería amor lo que le llevaba hacia la mujercita solitaria y abandonada de todo el mundo? Sólo el amor hace interesar al hombre por una mujer a los extremos que sentía Larry. Sólo existiendo un sentimiento de amor, se nota en el alma tanta amargura como la que ahora experimentaba Larry al verse abandonado por ella...

Había que buscarla, había que encontrarla, fuera como fuese. Y cuando la tuviese junto a él, le diría el por qué de sus desvelos, le confesaría su cariño...

Pero, ¿y Diana? A cada momento sentía por ella una indiferencia mayor, un desdén más acentuado... Se lamentaba de haberle declarado un cariño que fué siempre superficial, artificioso y que ahora se moría bajo otro verdadero amor. Ella aun no le había contestado definitivamente y ojalá no le aceptase nunca.

Diana no tendría jamás la dulzura, la bondad, la simpatía, esa ternura de novia que tenía Heather, inconscientemente, sin ser novia suya aún. Además

él consideraba mala a Diana. ¿Por qué no le había dado la carta a Heather? ¿Por qué no quería ayudar a aquella pobrecita joven, sin amparo de nadie?

Era preciso buscar a Heather. Llamó a Jansen y le dió cuenta de la desaparición de la joven.

—¿Sabes dónde puede estar? ¿Conoces algo relacionado con la fuga?

—¡Nada, señorito! Ni una palabra. ¿Por qué se habrá marchado?

—¡Pobre chiquilla! Es preciso encontrarla, Jansen.

—Sí, es preciso.

—¿No tienes ningún indicio de dónde pudo haber ido?

—No sé, señorito, no sé. Nueva York es tan grande... Si yo tuviera la dirección de los rusos amigos de ella...

—¿Y no la tienes?

—Olga no me la quiso dar, pero prometió escribirme. Cuando lo haga, entonces podremos orientarnos. No me extrañaría que Heather hubiese ido a pedirles protección.

—Hay que encontrarla... Hoy... esta misma mañana.

—¡Cuán difícil es lo que me pide, señorito! Y no crea que yo tenga menos interés que usted en hallarla. Esa Olga me gusta y de buena gana la haría mi mujer.

—¡Pues a no perder tiempo!... ¡A buscar a las dos!... ¡Heather, quiera Dios que te vuelva a ver!

Y suspiró con tanta intensidad que el mayordomo sonrió, comprendiendo que el señorito estaba enamorado de la escocesa.



\* \* \*

La familia de Olga había ido a ocupar una sencilla casita en uno de los barrios populares de Nueva York.

Olga tenía tres hermanitos: Mischa, el mayor, casado con otra rusa guapísima de la que tenía un niño de pocos meses que ahora se hallaba descansando en el cajón abierto de una cómoda; Toscha, el segundo, artista inspirado que pasaba largas horas tocando el violoncelo, y Sascha, que no se movía del piano, cuyas armonías consolaban su corazón.

Habían leído en el periódico la noticia de la desaparición de Heather y esto les había puesto a todos de mal humor, de un modo especial a Sascha, que lloraba interiormente el doloroso fin de su enamorada.

Era la hora de comer, y Olga llamó a todos para que acudieran a la mesa. Mischa fué el primero en acudir y comió con apetito.

—¡Dejad ya de tocar!—dijo a sus hermanos.

Sascha pareció no haberle oído; se sentía sumergido en esa onda de pura y diáfana inspiración de los artistas. Tos-

cha, en cambio, dejó su violoncelo y se dirigió hacia la mesa, no sin que al pasar ante la cómoda, distraídamente, sin darse cuenta de que dentro del cajón había su sobrinito, lo cerrase con brusquedad.

Siguió la comida en silencio hasta que de pronto empezaron a oírse lamentos y sollozos ahogados, como si surgieran del interior de alguna urna.

La madre, horrorizada, se levantó y viendo cerrado el cajón dió un grito y se apresuró a abrirlo.

—¡Hijito de mi vida!

Quitó el cajón y lo puso encima del piano, mientras el niño lloraba aún desconsoladamente.

—¡Eres un loco, Toscha!—gritó la madre—. En un poco más acabas con el niño.

Mischa estaba verdaderamente furioso. Cogió por el cuello a Toscha y a punto estuvo de asfixiarle.

—¿Es que quieres matar a ese genio en ciernes?

—Pero, hermano, que yo no sabía...

—Pues vete con cuidado, porque

como vuelva a suceder, terminas tus inútiles días.

Sascha contemplaba inquieto a su sobrinito que no cesaba de llorar... Pero la música amansa no sólo a las fieras, sino que calma a los niños. Y Sascha inició unos bonitos compases y la criatura calló como por ensalmo pareciendo dar la razón a su padre cuando éste aseguraba con exagerado optimismo que la criatura era un genio en formación.

Habían llamado a la puerta. Mischa autorizó a que entrasen... Y un grito de sorpresa hizo levantar la cabeza a todos y contemplar con extraordinaria emoción a su visitante.

¡Era Heather, la dulce escocesa, la compañera del barco, la muchachita amada por Sascha como la más grande ilusión!

Todos corrieron hacia ella. Olga y su cuñada abrazaron a la jovencita y ésta estrechó cariñosamente la mano de los hombres.

—¡Pero leímos en los periódicos que habías muerto!

—Pude escapar del detective. He pasado penas, pero no creo que me vuelvan a coger.

Y adelantándose hacia Sascha que la miraba con profunda emoción, estrechó sus dos manos y le dijo:

—Sascha, ¡qué alegría tengo al verte!

—¡Heather inolvidable! Te daba ya por muerta. Y era como si me matasen el alma.

—¡Buen Sascha!

—Dinos, ¿cómo saliste del vapor?

—Pues en una caja con aquel caballo "Pancho"... ¿Te acuerdas, Sascha?

Y explicó brevemente su odisea, su noche en una especie de palacio de hadas que pertenecía a Larry, su huída aquella mañana de allí, por la vergüenza que le causaba haberse introducido furtivamente y sin el permiso de su dueño.

—Y he pensado, ¿dónde mejor ir que a casa de mis amigos? Ellos me orientarán en la ciudad.

—Te protegeremos en todo y para todo.

El perro "Tommy" entró en el comedor y empezó a saltar y a dar gritos de alegría al reconocer a su antigua dueña.

Ella le cogió en brazos y sonriente le besó.

—¡Afortunado "Tommy"!—suspiró Sascha.

—¿Tienes envidia? Pues ¿ves? yo también te quiero.

Y puso en la frente de Sascha un beso fraternal que al joven le supo a gloria y le estremeció de pies a cabeza.

—¿Y crees que aun te perseguirá la policía?—preguntó Olga.

—Creo que sí. Me tengo que esconder hasta que halle una colocación y pierdan mi pista.

—¿Por qué no trabajas con nosotros?—propuso Sascha.

—¿Yo?

—¡Sí! ¡Sí!... Haremos una rusa de ti—dijo Mischa—. Y te daremos un nombre ruso.



—Pero...

—Ya está. Te llamaremos... Katinkitscka... como tu papel...

—Pero ¡si yo no puedo cantar en ruso! Si yo no lo sé...

—No es necesario—indicó Sascha, entusiasmado ante la idea de trabajar con la mujer amada, lo que le permitiría tenerla junto a él—. Tú te habrás de limitar a bailar un poquito... nada más. Mischa y Olga serán tus papás en la farsa.

—Sí...

—Vamos a ensayar. Pero primero que vosotros, Toscha y yo pronunciaremos un pequeño discurso. Vais a ver... Es una comedieta fina... Después interveniréis vosotros...

Y ensayaron la canción y como Heather tenía verdaderas cualidades de artista, pronto se adaptó a su papel y le auguraron un éxito, por la perfección, por la naturalidad, por la gracia con que realizaba su baile. No debía pronunciar ni palabra: todo su arte consistía en la mímica, en la expresión, en los ojos, en los gestos, en la actitud.

Debutaban aquella noche en un cabaret, pero hasta el día siguiente, pues querían efectuar algún otro ensayo, no trabajaría Heather. Y ella, con la alegría de poder actuar, olvidaba casi por entero su tristeza y procuraba alejar de su imaginación el recuerdo de Larry como algo inalcanzable y tan lejano como una estrella del cielo...

\* \* \*

A la otra noche debutaban en el cabaret.

Jansen no había parado hasta averiguar que allí, en aquel establecimiento, trabajaba la compañía rusa.

Comunicó la noticia a Larry y éste sonrió de júbilo al saber que vería de nuevo a la fugitiva.

Pero contra su voluntad no pudo ir solo. Diana y su madre fueron a verle aquella noche y se vio precisado a ir a cenar con ellas... aunque las hizo ir al restorán donde actuaba la compañía rusa.

Jansen ocupaba otra de las mesas con el deseo no menos fervoroso de ver a Olga, su alumna de inglés, espíritu coquetón que parecía haberse estado burlando siempre del profesor.

Y comenzó la pantomima rusa. Improvisaron un breve escenario, muy moderno y sobrio en detalles.

Sascha y Toscha vistiendo trajes nacionales comenzaron a bailar al son de una música de interesante factura.

—Anunciamos una nueva comedia, señores—dijeron—. Se titula "Katinkits-

cka". Esta es una bella muchacha. Su familia está disgustada porque llega tarde a casa. Ahora van a salir sus padres.

Los dos hermanos se pusieron unas barbas postizas y se ocultaron detrás del decorado, dejando sólo ver sus cabezas.

Aparecieron a continuación Mischa y Olga que figuraban ser los padres de Katinkitscka, la muchacha que aun no había regresado al hogar, a pesar de que el reloj marcaba ya más de las tres de la mañana.

Se lamentaban de aquella tardanza cuando entraba Katinkitscka, representada con toda propiedad por la joven escocesa. Llevaba un traje de seda azul, e iba exageradamente pintada con dos enormes manchas de bermellón sobre las mejillas y las pestañas enormes y negrísimas.

Sin decir nada, nada más que con movimientos, que con gestos, que con pasos de baile, Katinkitscka contestaba a las imprecaciones de sus padres que sentados junto a ella cantaban así:



*Katinkitscka trasnochadora.*

*Katinkitschka, mira que eso no está bien.*

*Dinos lo que has hecho...*

*¿Estuviste con el hijo del banquero?*

Ella, sonriente, decía que no. Y los viejos proseguían:

*Te esperamos hasta las tres...*

*¿Habrás estado de juerga... con un*

*[soldadito?]*

Heather afirmó con la cabecita pintada, y los padres se quejaron nuevamente.

*Katinkitscka... ¡qué barbaridad!*

*Katinkitscka... ¡qué frivolidad!*

*—Ya no es tan virtuosa.*

*—De eso estoy recelosa.*

*—Pronto saldremos de aquí.*

*—Confiesa tu desliz*

*con el soldadito.*

*Confiesa, Katinkitscka.*

*Dinos la verdad.*

Katinkitscka, entonces, sonriente, les mostraba un anillo nupcial, una bella sortija que indicaba a los padres que si había estado con el soldadito era para casarse en breve con él. Aquella era la sortija de prometida, la alianza que iba a consagrar el amor.

Los viejos abrazaban entonces fervorosamente a la muchacha y se marchaban alegremente.

El éxito fué extraordinario. La intervención de Heather había sido favorablemente acogida por el público.

Larry había reconocido a su antigua amiguita y le invadía un fervoroso anhelo de ir a hablar a aquella criatura cuyo recuerdo ya no sabía borrar de su alma. Diana y su madre acababan de descubrir también quien era la joven, y habían reconocido a varios de los rusos que habían ido en el vapor.

Jansen aplaudía, sin sentir la fatiga, a aquellos amables compañeros de travesía; a Olga, la discípula que él hubiera querido convertir en esposa, a Heather, la huérfana desgraciada y errante, huyendo inexplicablemente de la casa que la acogió con tanto amor.

De pronto, Heather, que contestaba en medio de sus compañeros a las ovaciones incesantes del público, reconoció al millonario. Olga le había visto también y las dos mujeres cambiaron una alegre sonrisa.

Tan deslumbrada se hallaba la joven por aquel encuentro, que aun permanecía en escena cuando ya sus compañeros se habían retirado; y éstos tuvieron que avisarla bondadosamente de que se fuera con ellos.

Toda el alma de Heather volvía a vibrar de emoción y al propio tiempo de desencanto. Había visto a Larry en compañía de Diana, la mujer con la que quizás se casaría pronto... Y esto le decía claramente lo bien que había hecho al abandonar la casa de él, al alejarse del hombre destinado a una dama aristocrática.

Al menos, no viéndole, su corazón no sufriría tanto...

El inspector O'Flynn había entrado

en el cabaret cuando ya estaban terminando la pantomima, y le pareció que la joven que representaba el papel de Katinkitscka no era otra que la escocesa que se le había escapado. No es que tuviese la seguridad absoluta; iba tan pintada que era difícil adivinar los verdaderos rasgos que había tras aquella capa artificial, pero el tipo, la estatura, los gestos, todo le parecía de ella.

Algo le confirmó que no andaba descubierto en sus sospechas al ver sentado a una de las mesas a Jansen, el sujeto que había ayudado a escapar del barco a Heather.

Se acercó a él en el momento en que Jansen se disponía a beber un trago de licor que guardaba en una botellita plana, de esas que se meten en cualquier bolsillo, tan usuales en aquel país como una cajetilla de tabaco.

Un camarero advirtió a Jansen de quien se hallaba allí, y éste al ver al inspector intentó disimular su falta y guardándose la botella en el bolsillo dijo cogiendo el vaso:

—Creo que ya es hora de tomar la medicina.

Fué a beber, pero O'Flynn le arrebató el vaso, lo olió y luego le dijo:

—Señor mío, tenga usted presente que soy un funcionario federal.

—Muy bien, pero no necesito licor. Gracias.

—¿Cómo se atreve a decir eso? ¿Es que no me reconoce usted?

Jansen sonrió.

—Usted perdone, yo...

—Contésteme a lo que le digo... Esa muchacha, la que hace de Katinkitscka, es su amiga la joven escocesa, ¿verdad?

—¿La joven escocesa? ¿Se refiere usted a aquella que se suicidó?

—La misma.

—No creo que sea ella—repuso ingenuamente.

—¡Ah! Ya le daré yo a usted...

Se apartó de allí y Jansen, un poco inquieto, no le perdió de vista, con el temor de que aquel inspector inmovible quitara de nuevo la libertad a la sufrida joven.



\*\*\*

Entretanto, Heather y Olga, en su camarín, hablaban de Larry.

—¿Le has visto? —decía la escocesa.

—Sí, y le he mandado un aviso para que venga a verte.

—¿Por qué hiciste eso? ¡Oh, no, no! ¡Qué gran disparate! ¿No sabes que entre Larry y yo no puede haber nada?

—Estoy segura de que le quieres. El te quiere también... ¿Y vais a dejar que pase el amor?

—El tiene novia. ¿Qué quieres que haga?

—Nada es imposible, amiguita.

Pero guardaron silencio al oír en el pasillo cercano la voz del inspector O'Flynn que disputaba con Jansen y que llamaba con insistencia a la puerta.

—¡El inspector! ¡Viene a detenerme! ¡Dios mío! ¡No quiero... no! —murmuraba la pobrecita.

—¡Cálmate!

—No puedo escapar. Y va a cogerme. Y me meterán en la cárcel...

—¡Oh, calla!... ¡Si pudiéramos ocultarte! Ese maldito inspector... Ya le

he visto antes cómo miraba por el cabaret. Tengo una idea. Mira, dame tu vestido, voy a disfrazarme y maquillarme como tú... Me haré pasar por Katinkitscka. Estoy segura de que no me reconocerá.

El inspector seguía llamando a la puerta, impacientándose por la tardanza en contestarle. Jansen había seguido sus pasos y le decía con aparente tranquilidad:

—¿Por qué se empeña usted en ir detrás de ese muchacha? Si no es la que cree...

—Necesito verlo por mis propios ojos.

—Katinkitscka es casada. Y además no habla una palabra de inglés.

—Quiero verla de cerca.

—Es más bonita de lejos.

—Me importa poco.

Volvió a llamar y abriéndose la puerta apareció ante los dos hombres una Katinkitscka que no era Heather, pero que vestía igual, idénticamente, exactamente como la de antes.

El inspector no se dió cuenta de la mixtificación, pero sí Jansen, quien re-

D E L I C I O S A

conoció en la mujer disfrazada a Olga, y antes de que ésta pudiera decir nada, empezó a hablarla en defectuoso ruso y a decirle que fingiese ignorar por completo el inglés a fin de desorientar al inspector y salvar de sus garras a la pobre Heather.

Olga se hizo cargo rápidamente de la situación y contestó en su endemoniada lengua, dejando a O'Flynn sin comprender nada de aquel diálogo.

—Bueno, ¿qué están ustedes diciendole? —preguntó el inspector a Jansen.

—Pues me dice Katinkitscka que está dispuesta a contestar a todo lo que usted le pregunte. Pero ella no entiende una palabra de inglés. Ya se lo dije antes.

—Pregúntele si está aquí o no una muchacha llamada Heather.

Jansen habló a Olga en ruso y luego volvió a dirigirse al inspector.

—Que no sabe nada... que no ha vuelto a saber nada de la joven escocesa. Desengañese usted, amigo mío... Heather debe estar en el fondo del mar. No la busque más; se expone usted a nuevas y lamentables equivocaciones.

O'Flynn comprendió que Jansen tenía por aquella vez razón; que se había equivocado, tomando a una muchacha por otra. ¿Había muerto Heather efectivamente?

Apareció Larry Beaumont quien, convencido de que Katinkitscka era Heather, quedó desagradablemente sorprendido al ver que era otra mujer... Iba a manifestar su extrañeza cuando Jansen le dijo oportunamente:

—Señor Larry, usted se acuerda del señor O'Flynn, ¿verdad? El inspector de inmigración, ¿eh? Venía en busca de Heather creyendo por equivocación que ella había salido a escena.

Y hablaba remarcando las palabras y haciendo tan significativos gestos que inmediatamente comprendió Larry que su mayordomo trataba de ocultar la verdad a los ojos del policía.

Reaccionó rápidamente, estrechó la mano de Olga y dijo:

—Me gustó mucho su número, Katinkitscka. Vengo expresamente a felicitarla.

El inspector se retiró mientras murmuraba:

—No soy el primer O'Flynn que comete un error.

—No. ¡Su padre cometió uno tremendo! —le contestó Jansen, riendo.

—¿Qué ha dicho usted?

Y se marchó furioso por aquella derrota que manchaba su honor profesional.

Olga y Larry, libres de aquel odioso sujeto, entraron en el camarín.

—O'Flynn ya se marchó, Heather —indicó Olga.

Y la escocesa salió de detrás del biombo donde se había ocultado presa de las más grandes angustias... Pero ahogó una exclamación de sorpresa al ver ante ella a Larry que la contemplaba cariñosamente, con una ternura de amante.

—Heather, estoy muy enfadado con usted.

Ella bajó los ojos.

Fueron a sentarse en un diván.



—¿Por qué se marchó? ¿Por qué me dió ese disgusto tan grande? No pude dormir pensando en usted.

—¿De veras? ¡Ah, si lo hubiese sabido, qué bien habría dormido yo!...

Y con aquellas sinceras palabras, Heather confesaba el dulce amor que le unía a aquel hombre, pero un amor que ella quería evitar considerándolo dañoso y absurdo.

Cerca de ellos estaba Olga, quien dijo a Larry, sonriente:

—¿Quiere usted hacer el favor de volverse, señor? Me he de cambiar de ropa.

Repitió varias veces la súplica, sin que le hicieran caso, y acabó por desnudarse en vista de que ni la miraban siquiera.

Larry, sin ver otra cosa que a Heather, le decía con una devoción ardentísima:

—¿Cree usted en el amor a primera vista, Heather?

—No sé...

—Pues es el único y verdadero amor.

—Tal vez.

—Quiero tratar un asunto con usted, Heather...

—¿Por qué no lo trata con alguien más allegado?

—Nadie más allegado que usted.

—¿Yo? ¡Pobre de mí!

—Usted, que me hace soñar.

—¿Cómo se burla de mí?... Dice esas cosas y tiene usted una novia que le espera.

—No hablemos ahora de ella, por favor...

Pero como una contestación a sus palabras aparecieron en aquel instante Diana y su madre que, enteradas del recado que había mandado Olga, temían de nuevo por la suerte de Larry e iban en su busca para que con sus artes diabólicas no lo conquistase la escocesa.

La presencia de las dos mujeres sobrecogió a Larry y no se atrevió a protestar, temeroso de dar un escándalo, cuando Diana le dijo con dulzura:

—Marchemos, Larry. Mamá tiene jaqueca.

Y luego mirando a Heather con el orgullo de su belleza arrogante, le indicó:

—Estuvo encantadora esta noche, señorita.

Apenas Heather balbuceó unas palabras. Se sentía humillada ante aquella preciosa criatura.

La madre de Diana, comprendiendo que era preciso dar el golpe de gracia a Heather para que ésta arrancara de cuajo todos sus proyectos, le dijo con falsa amabilidad:

—¿Representaría usted en una fiesta que pienso dar?

—¡Oh, sí!

—Es para anunciar el proyectado enlace de mi hija con el señor Larry Beaumont. Diana ha decidido aceptar al fin a Larry y van a casarse pronto.

Dijo esas palabras con tan venenosa intención que la pobre muchachita se sintió herida en lo más hondo de su alma.

Larry palideció, sin atreverse a desmentir aquellas afirmaciones. Algo le

dijo en el corazón que debía protestar contra aquellas palabras, pero un resto de temor se lo impidió.

Y madre e hija, sin esperar la contestación de Heather, que tenía que realizar esfuerzos por no llorar, se marcharon, y Larry, disgustado contra sí mismo, marchó también, limitándose a mirar a Heather con infinito amor y a decirle:

—Volveré mañana... y hablaremos.

—Estaré ocupada ensayando... No se moleste...

Y se retiró a un rincón, temiendo que sus piernas no le sostuvieran, que su corazoncito dolorido se parara ante tan grande sufrimiento... Larry hizo un gesto desesperado y se alejó...

Olga había vuelto al lado de su amiga e intentaba consolarla.

—Pero no te pongas así, tontuela. ¿Por qué lloras?

—¿No has oído? Dijo que se iban a casar... Y yo...

—Pero si está loco por ti, ¿no lo ves?

—No. Lo que me tiene es lástima. Nada más que la lástima que inspira una pobre criatura.

—No pierdas las esperanzas.

La dejó a solas con su pena, y Heather lloró amargamente, frente al espejo de su tocador, sufriendo por aquel amor que tenía que arrancarse del corazón, ya que nunca podría ser viable.

Vió entonces que se acercaba Sascha, el buen Sascha enamorado.

—¿Qué te pasa, Heather?

—Nada... nada...

—¡Cálmate!... He visto por ahí al inspector... Lloras porque le tienes miedo, ¿verdad? Pues no lo tengas. Mientras yo viva nadie te podrá arrancar de nuestro lado.

—Gracias...

—Y oye, Heather, si tú te casaras conmigo, ya no deberías temer nunca nada más. ¡Te quiero tanto, te amaría tanto!

Desengañada, comprendiendo que jamás podría ser de Larry y que era preciso arrancar del alma la espina de aquel absurdo amor, ahogó todos los sentimientos de aquel primer cariño, y mirando a Sascha con ternura ante la ciega fidelidad de aquel gran corazón que nunca se sentía ofendido, murmuró:

—Me casaré contigo si tanto lo deseas, Sascha.

—¡Heather! ¿Me querrás, entonces? ¿Harás lo posible por quererme?

—¡Sí!

—¡Qué dicha! ¡No llores más! Ríe... ríe... como yo... El amor es risa, ventura, una inmensa felicidad. ¡Ríe, ríe, mi bien!

Y ella reía y lloraba—risas que eran como agua para apagar un fuego—dolor...



Al día siguiente Larry mandó una carta a Heather acompañada de una entrada para el campo de polo. Aquella misma tarde debía actuar él montando sobre "Pancho", e invitaba a su amiguita a asistir a la actuación. Después de la partida hablarían de varias cosas muy interesantes.

Pero Heather le devolvió la entrada en una carta fría y breve.

*Gracias por su invitación, pero no puedo asistir porque me voy a casar con Sascha.*

*Su amiga,*

*Heather.*

Una gran amargura se apoderó del millonario... ¡Oh, eso no podía ser definitivo! Era imposible perder a la mujer que él amaba sobre todo y por la que estaba dispuesto a renunciar a Diana.

¡Había tanta diferencia entre las dos! La una, egoísta y frívola, la otra, un dechado de perfecciones. No renunciaría a Heather.

Terminado el juego iría a verla al café, a declararle su amor, a hablarle

claramente. Y una secreta esperanza le decía que ella le iba a aceptar.

Entretanto se preparaba la boda de Heather y Sascha. La muchachita había negado a acceder al requerimiento del millonario. Se proponía olvidarlo totalmente y vivir sólo para el nuevo amor.

Sascha no se movía de su lado, prodigándola toda suerte de mimos, seguro de que un día u otro ella había de quererle.

Jansen había ido a visitarles y les ayudaba a adornar la casa donde al día siguiente se celebraría el banquete de bodas.

Toscha, el hermano de Sascha, no cejaba de tocar en el piano una canción. Heather iba de un lado a otro, nerviosa, como si aquellos preparativos la produjesen una gran inquietud.

La esposa de Mischa había comprado un magnífico pastel. Dos figurillas de porcelana figurando una pareja de novios estaban colocadas en el centro del sabroso dulce...

Heather miró con tristeza el pastel y las figurillas. Pero simuló una gran

alegría que interiormente estaba muy lejos de experimentar.

La esposa de Mischa se acercó a su cuñado y le dijo:

—No toques más, Toscha.

—Es que estoy escribiendo una marcha nupcial.

—¡Bravo!—dijo Jansen, riendo—. Quizás yo podría ponerle la letra.

Y empezó a cantar caprichosamente, haciendo reír a todos con sus excentricidades de clown.

Después de cantar se bebió el contenido del agua de un jarrón donde reposaban unas flores.

—¡Ah, ja, ja! ¡Qué fiesta tan bonita se prepara!

Llegó Mischa trayendo un paquete.

—¡Un regalo de boda!... ¿Os gusta?

Lo desarrollaron y apareció un magnífico aparato de radio. Todos aplaudieron la buena idea de Mischa.

—Los vecinos ya no tendrán que comprarse una radio—dijo Heather.

Prepararon el aparato y en seguida consiguieron establecer comunicación con el mundo exterior.

¡Maravilloso todo aquello! Se miraban emocionados de que en aquella casita se oyera la voz de fuera.

La voz del "Speaker" habló:

—Sigue con éxito el campeonato de polo. Larry Beaumont acaba de realzar una gran jugada en su caballo "Pancho".

Heather lanzó una mirada de odio al altavoz que, como si fuera un hombre cruel, lo primero que hacía era recor-

darle el amor, al que ella había renunciado.

Miró inquieta a Sascha y a los demás, y bruscamente cerró la corriente, y adelantó unos pasos como avergonzada.

Lo estaba de lo que acababa de hacer, pero era demasiado triste para ella el conocer noticias del único hombre que había amado de veras y cuyo triunfo venían a anunciarle precisamente en aquella casa adornada para su boda.

Comprendieron todos, singularmente Sascha, lo que pasaba por el corazón de la joven, y sin querer enchufar de nuevo la radio, salieron para marchar al café.

Sascha, sin preguntar, aunque adivinando, dolorido, la causa de aquel gesto, se puso la americana y se marchó.

—¿También te vas hoy?—preguntó su cuñada—. ¿Por qué no te quedas a hacerle compañía a Heather?

—Debo trabajar... Volveré pronto.

Y envolviendo a su novia en una mirada de honda melancolía, abandonó el pisito.

Heather aparecía ruborosa. Vió desaparecer a la esposa de Mischa hacia el cuarto donde dormía su hijita.

Hostigada por una extraña desazón y curiosidad, por un deseo de conocer nuevas noticias de Larry, aunque su razón le decía que ya no debía preocuparse de él, volvió a dar la radio y quedó sobrecogida de espanto al escuchar estas palabras:

—El accidente ha sido muy grave. Larry ha sido trasladado con las debidas precauciones a su domicilio.



Y sin agregar nada más, la radio, con una indiferencia muy humana, dejó oír ahora una música de alegre factura.

Un dolor inaudito se apoderó de Heather. Su alma despertaba llena de amor hacia el que estaba sufriendo.

La idea de que Larry estaba herido la enloquecía de dolor. ¡Oh! ¿Por qué no daba más detalles aquella radio? ¿Por qué tocaba aquella música imbécil?

Y acallando en aquel instante todos los propósitos que había hecho de no volver a pensar en Larry, salió de puntillas, sin que la esposa de Mischa se diera cuenta...

Y con la desesperación y el presentimiento de que encontraría ya muerto al hombre que era toda su vida, marchó a casa de Larry, y un criado, recomendándola profundo silencio, la hizo aguardar en el recibidor.

Momentos después se presentó Diana que se había instalado en la casa con su madre.

Se saludaron fríamente y Heather, con gran emoción, pidió noticias del herido.

—Está un poco mejor, pero bastante grave.

—Déjeme usted verle. Le cuidaré; seré su enfermera. ¡Oh, no piense mal, señorita! Cuando esté fuera de peligro, me marcharé otra vez.

Dudó unos momentos Diana, pero al cabo, con una sonrisa maligna, concedió:

—Bien. Suba usted por esta escalera. El primer cuarto a mano derecha.

La pobrecita subió aprisa la escalinata mientras Diana se dirigía al telé-

fono y comunicaba con la jefatura de policía.

—Está aquí, en casa de Larry Beaumont, la joven Heather que se fugó del barco. No tarden en venir a detenerla.

—¿Quién es usted?

—No les importa saberlo. Vengan en seguida.

Y colgó el aparato con la henda satisfacción de ver vencida a su rival.

Bien ajena a aquella infame denuncia, Heather había entrado en el cuarto donde yacía Larry, cuidado por una enfermera.

Se acercó a la cama. Vió al joven Larry con la cabeza cubierta por numerosas vendas.

—¡Larry! ¡Larry!

—¡Baje usted la voz!—advirtió la enfermera—. Le conviene descansar.

Heather quedó un momento avergonzada, pero de buena gana hubiera besado aquellas manos, acariciado el rostro de aquel hombre que nunca podría ser suyo.

Allá abajo estaba Diana, la verdadera dueña de él, la prometida con la que se casaría en breve. Pero ella deseaba cuidarlo, atenderlo, aunque sólo fuera por unos momentos, saber que no iba a morir...

Larry abrió los ojos y vió inclinándose sobre él a una dulce silueta de mujer que le sonreía...

Al principio creyó estar soñando, bajo los efectos del golpe. Pero al cabo reconoció a la muchachita que él amaba con toda su vida.

—¡Heather!

D E L I C I O S A

—Larry, ¿cómo se encuentra usted?

—Mal—dijo él con una voz apagada, casi imperceptible—. Pero déme usted la mano... Con su caricia me pondré mejor. Gracias por haber venido.

Heather, conmovida, le tendió su diestra blanca y suave que el joven acarició repetidas veces. Luego, a causa de la debilidad en que se hallaba, Larry cerró los ojos y quedó dormido.

Instantes después el inspector O'Flynn y un agente llamaban a la casa.

—Venimos a detener a Heather Gordon—dijo el inspector.

—No la conozco—contestó un sirviente, turbadísimo.

—Una señora hizo la denuncia desde esta misma casa. De modo que déjenos usted pasar.

Jansen, al pasar por el corredor, oyó aquellas frases y pensó inmediatamente en salvar a la pobre e ingenua Heather...

Subió velozmente la escalera y entrando en el cuarto de Larry llamó a la muchachita que permanecía junto a la cama con la ternura y la devoción de una religiosa ante un altar.

—¡Heather! ¡Heather!

La escocesa se acercó a él.

—¿Qué pasa, Jansen?

—La policía está abajo. He visto a O'Flynn.

Un calofrío pasó por todo el cuerpo de la doncella.

—¡Qué espanto, Dios mío! Ese hombre es mi pesadilla, mi sombra.

—No tenga miedo. Yo la llevaré a su casa. Venga conmigo.

Heather envolvió a Larry, que seguía descansando, en una mirada de dulce ternura, y salió en compañía del mayordomo.

Escaparon por la parte posterior de la casa y tomando un taxi llegaron al cabo de una media hora a la vivienda de los rusos.

Jansen no quiso subir, pues vió que llegaba Olga y prefirió permanecer un rato con ella.

Lentamente, con una gran tristeza en el corazón y temiendo no poder realizar el sacrificio de casarse con Sascha, pues el otro amor llenaba su vida con una fuerza de vasallaje, entró Heather en el piso y vió a su novio tocando melancólicamente el piano.

Al verla aparecer, el joven avanzó con lentitud a su encuentro. También él tenía en el alma una gran pena. Se había dado cuenta, en el breve incidente de la radio, que aquella mujer vivía aún recordando al millonario.

—Heather, pareces muy cansada.

—Sí.

—¿De dónde vienes?

Ella le miró, e incapaz de una mentira, dijo:

—He ido a ver a Larry. Supe que estaba herido.

Palideció Sascha. Aquella visita, aquel supremo interés, aquella melancolía, indicaban desgraciadamente, bien a las claras, una verdad que Sascha había querido olvidar.

—Heather, tú le amas...



La muchachita cruzó los brazos sobre el pecho. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Sí, Sascha. Le amo. Debes perdonarme, merezco un castigo, pero le amo.

—Lo suponía. Debí pensarlo antes. Y no ser tan loco de soñar en lo imposible.

—¡No te disgustes, Sascha! Yo creí haberle olvidado, que nada significaba para mí... y no puedo quitármelo del alma, no puedo... ¿Por qué será así, Dios mío? ¡Y él se casará con otra mujer!...

Se tambaleaba; el cansancio y la debilidad parecían ir a desplomarla.

Sascha se mantuvo sereno; en su alma había una explosión de dolor, pero lo ahogaba comprendiendo que no podía exigir un sacrificio imposible. Ella tal vez por lástima de su amor le había querido aceptar, pero su alma era superior a su voluntad... No podía...

Se acercó a la mesa donde estaba, como una ironía, el magnífico pastel...

—Debes comer algo—murmuró—. Toma.

Empuñó el cuchillo y cortó un pedazo. Movióse la mesa y se desplomó el muñeco que figuraba ser el novio. Lo cogió Sascha, lo estuvo contemplando

unos momentos. Había caído como un símbolo; parecía el alma de él... Lo tiró luego a un lado y ofreció el pedacito de pastel a la muchacha.

Ella no quiso probar bocado; sufría por su propio dolor, por el amor suyo sin esperanza, por el amor de Sascha sin esperanza también...

—¡Vamos, no llores!—dijo él—. Ven... Quiero que escuches mi música. Mi Rapsodia de Nueva York que he terminado ahora...

Y sentándose al piano, con una nerviosidad y una ligereza magníficas, empezó a tocar una melodía arrancada de su genio en una hora de tristeza y de inspiración.

Explicaba, cerrando los ojos, con alterada voz:

—Primero el ruido del viento... Abajo el hormigueo humano... ruidos... martilleo... Luego la noche que todo lo acalla...

Y ante los ojos de la joven que tenía el alma presa en el recuerdo de Larry, él seguía tocando aquella melodía y buscando en las notas de su arte un poco de alivio a su ruptura de amor, a su tristeza sentimental, a su espíritu muerto...

\*\*\*

Entretanto, abajo, junto a la verja de una de las casas vecinas se hallaban conversando y comiendo una manzana que se partían como buenos hermanos, Olga y Jansen.

El mayordomo repetía su declaración amorosa.

—Es necesario que me contestes, mi bien... Al principio no tomé la cosa demasiado a pecho. Pero ahora que me convenzo de que no puedo vivir sin ti, ¿sería una locura pedirte que te casaras conmigo?

—No, la locura sería aceptarte.

—¿Es de veras?

—De veras, Jansen.

Pero Olga reía alegremente, mirando con picardía al buen mozo al que seguía queriendo a pesar de que ya no era el gran personaje que creyó al principio, pues ya se había enterado por el mismo Jansen de que no era más que un simple mayordomo.

—No seas así, Olga... Dime que me quieres.

—¿Pero es de veras que te quieres casar conmigo?

—¡Te lo juro!

—Ya me lo pensaré.

—¿Me das una esperanza?

—Te la doy.

A punto estaba él de darle un beso, cuando Olga lanzó una exclamación de sorpresa y señaló a un hombre que avanzaba a grandes pasos por la acera, seguido de un policía de uniforme.

—Mira quién viene. ¡O'Flynn!

—¡Oh, gran Dios! ¡Pobrecita Heather! ¿Cómo la podríamos avisar?

—Por el tornavoz de la portería.

—Que no nos vean.

Dejó Jansen la manzana clavada en el hierro de la verja y fueron a esconderse en la casa contigua.

Vieron subir al inspector, y entonces volviendo Jansen a coger la manzana corrieron hacia la portería, y el hombre sopló en el tornavoz correspondiente al último piso donde los rusos habitaban.

El tornavoz no había sido usado nunca y el polvo amontonado en él era tanto que llenó el rostro del buen Jansen, quien sintió casi los efectos de la asfixia.

—¡Estos rusos!—murmuró.



—¡No pierdas tiempo! ¡Avisa!

Volvió a llamar y dijo a la esposa de Mischa que se puso al aparato:

—¡Ahí viene O'Flynn! ¡Esconded a Heather!

Trasmitió la mujer, asustadísima, a Heather el recado de que llegaba la policía, y la pobre jovencita, desconsolada, casi sintió el deseo de entregarse, de no proseguir su dolorosa odisea.

—Debes marcharte... Aquí te encontrarían—dijo Sascha—. Tocad vosotros entretanto, hasta que ella esté fuera.

Sus hermanos empezaron a tocar, y Sascha acompañó a su antigua novia hasta la azotea, desde donde ella bajaría a la parte posterior.

—Es preciso que te alejes por unas horas. Hay que evitar que la policía te encuentre aquí. Pero, Heather, ¿me prometes una cosa? ¿Volverás?

Ella calló, sin atreverse a afirmar nada.

—Vuelve a mí como hermana, Heather. Respetaré el recuerdo de tu amor. Sacrificaré el cariño que te tengo... pero vuelve.

—¡Sascha! No sé... ¡He sufrido tanto! ¡Adiós!

Puso un beso en la cara de aquel muchacho y abandonó la mansión donde había encontrado gente tan leal, tan amiga, tan noble... No, no volvería. No tenía derecho a hacer sufrir a Sascha de aquel modo, a remover sus heridas con su presencia, con el espectáculo de no poderle querer.

Ella amaba a Larry, y ese amor era estéril e imposible.

¡Ah! ¿Qué haría en lo sucesivo? ¿Dónde ir? ¿Dónde ocultarse? Echó a andar a la ventura bajo la febril actividad de las primeras horas de la noche. Un río humano desfilaba por las calles. Cruzaban millares de automóviles y el ruido era igual al que Sascha con exacta apreciación había copiado en su rapsodia...

¿Adónde ir? ¿Qué hacer? Avanzaba tristemente, desorientada, casi sin ver las cosas, atravesando al azar calles y calles, sin mirar a dónde iba, pareciéndole que las calles se hundían a sus pies, que los grandes edificios se volcaban sobre ella o adquirirían nuevas formas gigantescas y extrañas.

Un hombre la llamó, la cogió por el brazo.

Pero la muchachita pudo escapar y seguir su ruta entre los monstruosos guñóns de los anuncios luminosos y aquella actividad, aquel nervio formidable de vida.

Siguió avanzando, a punto estuvo de que la atropellaran varios automóviles y de pronto, por haber tropezado con un hombre que iba también distraído, cayó al suelo, y no tuvo apenas ánimos para levantarse.

—¡Tenga cuidado! ¡Se va a matar! —le dijeron las voces compasivas de unos transeúntes que la ayudaron a levantarse y a llevarla a la acera.

Ella prosiguió su marcha, su eterna ruta de criatura a quien se le cerraron todas las puertas... No podía volver a casa de los rusos, primero por Sascha, después porque comprometía gravemente

a aquella gente cordial y hospitalaria... No podía ir tampoco al lado de Larry, porque Larry, a pesar de sus galanterías, de cierta inclinación que parecía sentir por ella, no la quería, puesto que se casaba con Diana... Y Diana, aunque ella quisiera ir a la casa, le cerraría las puertas con brusquedad de rival.

¿Qué hacer? Caminó mucho; pretendió bajar las escaleras de la estación del metro, pero la masa ascendente de viajeros le privó de realizar su propósito y se encontró de nuevo en plena calle.

Y cada vez sus piernas se sentían más fatigadas, y ante ella las luces parpadeaban agonizantes y no sabía si éstas perdían brillo o eran sus ojos los que se apagaban ya...

Avanzando se encontró frente a un convento cuyas campanas exhalaban su melancolía...

Entró en el claustro. Era el cemen-

terio de las monjas y vió muchas tumbas que parecieron animarse ante ella y poblar el espacio de fantasmas... Y horrorizada, prosiguió su ruta, cada vez tambaleándose más, dando a los escasos transeúntes el espectáculo de una supuesta embriaguez.

De pronto, ni ella misma sabía cómo, se encontró ante una Delegación de Policía.

Estuvo dudando unos instantes pero al cabo, abatida por la soledad, por la desgracia, sin saber ya a dónde dirigir sus pasos, entró allí.

—¿Qué quiere usted?—le dijo un inspector.

—Entregarme... Huí de los funcionarios de Inmigración.

—¡Ah, caramba! A ver, custodien a esa muchacha y tómenle su filiación.

—¡Venga usted—le dijo otro agente.

Y Heather siguió sin ánimos, con la voluntad rota.



Varios días después el juez condenaba a Heather a abandonar, en el vapor que iba a salir el día siguiente, la ciudad de Nueva York.

—Merecía usted un año de prisión, pero me siento inclinado a la clemencia y la condeno únicamente a marcharse.

Ella no contestó; parecía haber perdido la noción de todo. Sólo su alma vivía una poderosa vida interior en la que se mezclaba el recuerdo imposible de Larry con el de Sascha y el afecto de la buena gente rusa.

Y al siguiente día fué trasladada al barco, el "Majestic", que debía conducirla a Europa dando fin a su vida intensa en América, cuajada de tan dolorosas amarguras.

Larry Beaumont se encontraba ya casi bien de las heridas, que no fueron tan graves como al principio parecían.

Con la cabeza vendada paseaba agitado y frenético por la habitación.

Había encargado a su abogado le buscara a Heather por todas partes. No podía vivir sin ella. Cuando a poco de haberse marchado la jovencita de su casa, despertó y supo que se había ido, ordenó la buscasen con afán.

Fué inútil su empeño, nadie sabía

de ella. Pero preguntando a los criados llegó a saber que era Diana quien denunciara la presencia de Heather a la policía.

Una inmensa indignación se apoderó de Larry al saber aquella noticia y se dispuso a romper definitivamente con Diana, cuyo amor había desaparecido de su corazón. Buscaría a Heather, pues era su único y verdadero amor.

—¡Ah!, ¿por qué diablos no llamará ese abogado?—se lamentó ante el buenazo de Jansen.

—No se sobresalte, señor. Mire que aun está enfermo.

Sonó el teléfono. Jansen tomó el aparato y al saber que era el abogado se lo cedió a Larry.

—Hemos llegado demasiado tarde, amigo—dijo el letrado—. Su amiga va parte esta noche en el "Majestic".

—¿A qué hora sale el vapor?

—No lo sé.

Larry dejó el teléfono y buscó en el periódico las noticias marítimas. ¡Oh, si no llegara a tiempo!

—¿Qué hora es, Jansen?

El criado consultó el reloj y al cabo dijo:

—No sé, señor. No tiene horario ni minuterio.

Al fin Larry halló la noticia.

—Ahí está. Sale a las once. Tenemos escasamente veinte minutos. Corre, haz mis maletas.

—¡En seguida!

—¡Pronto!

Se vistió en un santiamén, con una velocidad que hubiera envidiado un transformista.

—Jansen, date prisa. ¿Está ya mi equipaje?

—Acabo, señorito Larry, ¿pero va usted a marchar a Europa? ¿Qué dirá el doctor?

—¡Al diablo con el doctor!

En cinco minutos todo quedó arreglado. Y salieron corriendo, subiendo al coche que ya esperaba ante la puerta principal.

Iban ya arrancar cuando se detuvo otro automóvil junto a ellos y descendió Diana.

—¡Larry!

Pero él la miró con indignación.

—No quiero volverte a ver. Sé que delataste a Heather. ¡Hemos terminado!

—Pero, Larry, yo...

—¡Sí, usted, usted!—gritó Jansen—. ¡Yo mismo averigüé que era usted!...

Y sin querer escuchar las explicaciones de la muchacha, el coche partió a gran velocidad, dejando a Diana furiosa por su derrota.

¡Vertiginosa carrera la que emprendieron hacia el puerto! No había obstáculos que no saltasen. Parecían vo-

lar. Cruzaron un paso a nivel evitando sólo por unos centímetros una verdadera catástrofe pues el tren se les venía encima.

Larry guiaba seguro y enérgico, y a su lado, Jansen se acurrucaba muerto de miedo.

—Tenga cuidado, señor.

—No te asustes, cobarde.

Y corrían, corrían a la desesperada sin hacer caso de las flechas indicadoras de la circulación, atravesando en dirección única y provocando las protestas airadas de los transeuntes contra aquella especie de bólido.

Por fin llegaron al puerto, y Larry despidiéndose de Jansen y diciéndole que ya le enviaría noticias, subió la pasarela que iban a retirar y habló unos momentos con el capitán asegurándole que pagaría doble importe del billete.

Luego avanzó frenético por las cubiertas, en dirección a tercera clase, buscando afanosamente a la mujer que era su único amor.

Lanzaron las sirenas un largo silbato... El vapor soltó amarras.

Heather, sola, junto a la barandilla, daba con lágrimas en los ojos el último adiós a la ciudad de los grandes rascacielos, iluminados en la noche, que parecían seguirle haciendo aún signos burlescos. En lo alto las estrellas la miraban con su compasiva luz...

Sintió la pobrecita mujer la sensación casi física de la soledad. Sin un amigo, sin un alma que velase con un poco de amor por ella. Ni siquiera tenía al perro fiel.



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Pero de pronto oyó una voz que le estremeció el corazón.

—¡Heather!... ¡Heather!

Avanzando hacia ella llegaba Larry Beaumont loco de alegría.

—Heather, hubiese venido antes, pero no lo sabía. ¡Por fin la encuentro a usted!

Ella le contempló con emoción, sin poder comprender por qué estaba allí aquel hombre que no podía ser suyo.

—¿Pero va usted también a Europa?

Larry se echó a reír.

—Sí, a pasar mi luna de miel.

Una nube de llanto flotó otra vez por los ojos de Heather. Creyó que Larry y Diana se habían casado e iban en el mismo barco. Pero acallando su tristeza, su amor, que no podría tener nunca correspondencia, aun tuvo alma para decir:

—Espero que será muy feliz.

—Eso depende de ti.

—¿De mí?

—¡Te quiero, Heather! ¿No has

comprendido? ¡Te quiero! Vengo por ti, porque sin ti no puedo vivir. Haré que nos case el capitán.

Ella creía estar soñando. Miró a Larry... a la ciudad que se alejaba, a las estrellas eternas.

—¡Dios mío!... Yo sueño... sueño como otras veces.

—No, no sueñas ahora, Heather... Vas a ser mi esposa. ¡Te quiero!... ¡Te adoro!

—Larry, ¿es posible? ¿Y Diana?

—No hablemos de ella. Nada significa para mí... Tú vives en mi corazón, nena mía, y vamos a casarnos ahora mismo ante el capitán.

Ella se estrechó contra el hombre tan amado, él la besó apasionadamente en los labios; y cuando cesó la dulce caricia, al quedar casi sin aliento los dos, Larry, loco de alegría, exclamó, refiriéndose al placer experimentado:

—¡Lo que yo suponía! ¡DELICIOSA!

Y gustó de nuevo la *delicia* de los labios de la adorada escocesa.

F I N

Pídanos los últimos catálogos de nuestras ediciones cinematográficas

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

## COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda alegre.—El gran desfile.—Miguel Sirogoff o El correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche nupcial.—El séptimo cielo.—Beau Geste.—Los vencedores del fuego.—La mariposa de oro.—Ben-Hur.—El demonio y la carne.—La castellana del Líbano.—La tierra de todos.—Tripoli.—El rey de reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y arena.—Aguilas triunfantes.—El sargento Malacara.—El capitán Sorrell.—El jardín del edén.—La princesa mártir.—Ramona.—Dos amantes.—El príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La bailarina de la ópera.—Ben-Alt.—Los cuatro diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La sinfonía patética.—Un clero muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Singapur.—La actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El pagano de Tahiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La máscara del diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los hijos de nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatesen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (la gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mio serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabú.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn.—Un yanqui en la Corte del rey Arturo.—El Código penal.—La pura verdad.—Maternidad o el derecho a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Estudiantina.—Las peripecias de Skippy.—¡Qué viudita!—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran trece.—Cheri-Bibi.—Bésame otra vez.—Camarotes de lujo.—Los hijos de la calle.—La divorciada.—Madame Safán.—¿Cuándo te suicidas?—Martanita.—El carneal amarillo.—Honrarás a tu madre.—Su última noche.—Las alegres chicas de Viena.—¡Viva la libertad!—Malvada.—El teniente del amor.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



## ¡Últimos grandes éxitos!

El precio de un beso, por José Mojica y Mona Meris. (6 ediciones)  
 Del mismo barro, por Mona Meris y Juan Tarena. (6 ediciones)  
 Ladrón de amor, por José Mojica y Mona Meris. (4 ediciones)  
 El valiente, por Juan Tarena. (2 ediciones)  
 El presidio, por José Crespo. (2 ediciones)  
 El gran charco, por Maurice Chevalier y Claudette Colbert. (2 ediciones)  
 Sevilla de mis amores, por Conchita Montenegro y Ramón Navarro. (3 ediciones)  
 Ben-Hur, por Ramón Navarro y May Mac Avoy. (Edición popular)  
 Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angelita Benítez y José Crespo  
 Montecarlo, por Jeannette Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)  
 Camino del Infierno, por María Alba y Juan Tarena. (2 ediciones)  
 El gran desfile, por John Gilbert y Renée Adorée. (Edición popular)  
 La viuda alegre, por Mae Murray y John Gilbert. (Edición popular)  
 Hay que casar al Príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (4 ediciones)  
 El proceso de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Pereda, Rafael Rivelles, Elvira Morla, etc. (4 ediciones)  
 Marruecos, por Marlene Dietrich, A. Menjou, G. Cooper, etc. (2 ediciones)  
 La mujer X, por María Ladrón de Guevara, J. Crespo, R. Rivelles (5 edic.)  
 La llama sagrada, por Elvira Morla, Martín Garralaga, Luana Alcañiz, etc.  
 La ley del harén, por José Mojica, Carmen Larrabetti, etc. (3 ediciones)  
 La fruta amarga, por Juan de Landa, Virginia Fábregas, etc. (2 ediciones)  
 Vidas truncadas, por Ann Harding, Clive Brook, Conrad Nagel, etc.  
 La fiera del mar, por John Barrymore, J. Bennett, etc.  
 Tabú, interpretada por naturales de las islas donde se desarrolla la acción.  
 El pasado acusa, por Luana Alcañiz, Barry Norton, etc. (2 ediciones)  
 Papá piernas largas, por Janet Gaynor, Warner Baxter, etc. (2 ediciones)  
 Trader Horn, por Harry Carey, Duncan Renaldo, Edwina Booth, etc. (2 ed.)  
 Un yanqui en la corte del rey Arturo, por Will Rogers, William Farnum, Maureen O'Sullivan, Frank Albertson, Myrna Loy, etc.  
 El Código penal, por María Alba, Barry Norton, etc. (2 ediciones)  
 La pura verdad, por Enriqueta Serrano, Manuel Russell, etc.  
 Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie) (2 ediciones)  
 Carbón - La tragedia de la mina, (creación de G. W. Pabst) (2 ediciones)  
 Estudiantina, por Ramón Navarro, Dorothy Jordan. (2 ediciones)  
 Las peripecias de Skippy, por Jackie Cooper, Robert Coogan, etc. (2 edic.)  
 ¿Qué viudita!, por Gloria Swanson, Margaret Livingston, Owen Moore, etc.  
 El camino de la vida (primer film ruso hablado y cantado). (2 ediciones)  
 Noches de Viena, por Vivienne Segal, Alexander Gray, etc.  
 Mamá, por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, María Luz Callejo, etc. (3 edic.)  
 Eran trece, por Manuel Arbó, Juan Tarena, Ana María Custodio, etc.  
 Cheri-Bibi, por Ernesto Vilches, María Ladrón de Guevara, etc. (2 ediciones)  
 Bésame otra vez, por Walter Pidgeon, Bernice Claire, etc.  
 Camarotes de lujo (Transatlantic), por Edmund Lowe, Lois Moran, etc.  
 Los hijos de la calle, por Gaby Morlay, Victor Francen, Jacques Varennes, Tania Fedor, etc.  
 La divorciada, por Norma Shearer, Chester Morris, Conrad Nagel, etc.  
 Madame Satán, por Reginald Denny, Kay Johnson, Lillian Roth, etc.  
 ¿Cuándo te suicidas?, por Imperio Argentina, Manuel Russell, etc.  
 Marianita, por Janet Gaynor, Charles Farrell, etc.  
 El carnet amarillo, por Elise Landi, Lionel Barrymore, Lawrence Olivier, etc.  
 Honrarás a tu madre, por James Dunn, Sally Eilers, Mae Marsh, etc.  
 Su última noche, por Ernesto Vilches, María Alba, Conchita Montenegro, etc.  
 Las alegres chicas de Viena, por Lee Parry, Willy Forst, etc.  
 ¡Viva la libertad!, es un film de René Clair.  
 Malvada, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.  
 El fielente del amor, por Dolly Haas, Gustav Fröhlich, etc.

## PRÓXIMO NÚMERO:

La sensacional novela

# CIELO ROBADO

por Nancy Carroll y Phillips Holmes.

★

EN PREPARACIÓN:

El sentimental asunto

# AMARGO IDILIO

por Charles Farrell y Madge Evans.

★

Recuerde estos títulos:

## HONOR ENTRE AMANTES EL HOMBRE QUE ASESINÓ LA CALLE

★

Exija siempre las novelas cinematográficas publicadas por

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis. — BARCELONA



Adquiera las interesantísimas **BIOGRAFÍAS**  
de los famosos artistas:

**MAURICIO CHEVALIER,**  
**JEANNETTE MAC DONALD,**  
**GRETA GARBO,**  
**RAMON NOVARRO,**  
**CHARLOT,**  
**JOSÉ MOJICA**

(10 ediciones)

Numerosas ilustraciones en el texto · Postal-regalo · Canciones ·  
Anécdotas · Sensacionales revelaciones.

Insuperable presentación.

Precio: 50 cts.

Pida siempre, la primerísima novela cinematográfica

## **La Novela Semanal Cinematográfica**

Asuntos selectos · 32 páginas de buen texto.

Postal-regalo.

Precio: 25 cts.

No deje de adquirir:

## **La Novela Cinematográfica del Hogar**

Inmejorables asuntos · 32 páginas de amena y sana literatura

Postal-regalo en bicolor.

Precio popular: 30 cts.

Éxito de la colección  
de asuntos rusos

## **EL FILM RUSO**

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El  
pueblo del pecado, El espía, La danza roja e Iván, el terrible.

Precio: 50 cts.

Coleccione usted la nueva novela

## **EXITOS CINEMATOGRAFICOS**

Números publicados: ¡Danzad, locos, danzad! y El estudiante  
mendigo.

Precio: 50 cts.





**Precio: UNA peseta**